

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — TOMO XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

AÑO 18. — N° 318.

SUMARIO.

El general Gastu recibiendo á los djemmas de las tribus del Ued-el-Kebir; grabado. — Magdalena. — El invierno en el departamento de los Vosges (Francia); grabados. — Revista de Paris. — Gonzalo de Oyon. — Construcción del puente sobre el Rhin; grabado. — La bahía de Turana; grabado. — La feria de las vanidades. — Nueva capilla de la congregacion de los artistas en el cementerio de Nápoles; grabados. — Sonda marítima de M. Le Coentre; grabados. — Leyendas americanas. — Revista de la moda. — El Juicio final del escultor Bisetti; grabado. — Incendio en Valparaiso; grabado.

MAGDALENA.

MEMORIAS DE UN ENAMORADO

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuacion.)

— ¿De modo que se sacrifica Vd. al qué dirán?
— Sí, y creo que el que no teme al juicio del mundo es un insensato.

Guardaron silencio entrambas amigas. En el semblante de Magdalena se veía marcado un profundo desaliento.

— El corazon humano es incomprendible, dijo al fin la condesa: rendimos culto á un fantasma; somos esclavos de la vanidad, y nuestra teología moral es tan extraña, que la virtud pasa desapercibida si la envuelve el sudario de la pobreza, y honramos al crimen si sabe encubrirse bajo ciertas formas. ¡Miserias, siempre miserias!

— Pero miserias necesarias, si no queremos que el



EL GENERAL GASTU RECIBIENDO Á LOS DJEMMAA DE LAS TRIBUS DEL UED-EL-KEBIR (Africa.)

mundo nos desprecie. Para el que ha nacido altivo, el desprecio del mundo es insoportable.

— Pues se huye del mundo, se busca un pobre rincón donde vivir felices con nuestro amor y con la paz de nuestra alma.

— Recuerde Vd. que me casé con el marqués de la Floresta por no dejar la corte. Y eso que el marqués era repugnante, y que su objeto al casarse conmigo era vergonzoso. Si yo cambiase de costumbres, me sucedería lo que al pez que sacan del mar y le ponen en agua dulce: me moriría.

— Usted no ama á Victor, dijo con despecho la condesa.

— Le amo tanto que sacrificaría por él mi vida, mi alma, todo menos mi posición.

Yo estaba aterrado, no podía comprender que pudiese existir un amor tan interesado y tan profundo al mismo tiempo: aquella mujer no me pedía dinero, y sin embargo, aquella mujer que de tal modo me amaba, no se atrevía á casarse conmigo porque no era bastante noble.

Entonces, como había hecho el insensato juramento de ser rico ó morir, juré llegar á aquella maldita posición que se había hecho un accesorio indispensable de mi casamiento con Magdalena.

La conversacion continuaba.

— Solo siento una cosa, dijo la condesa, un medio que yo había elegido para acercarlos á Vds.

— ¿Un medio?

— Sí, he escrito á Victor invitándole á que me acompañase á comer.

— ¿Y qué importa? dijo Magdalena cuyos ojos brillaron con una expresion de alegría.

— ¡Ah! pues entonces...

La condesa lanzó una significativa mirada á la puerta de cristales tras la cual me ocultaba.

Aquella mirada queria decir:

— Ya es hora: está Vd. haciendo falta.

La condesa al dejarme en mi acechadero, me había marcado por donde podría salir sin ser visto: afortunadamente el dormitorio estaba cubierto con una alfombra muy gruesa, y pude salir de él sin ser sentido: seguí por un corredor de servicio, bajé por una escalera, y me encontré junto á la puerta de las cocheras, que solo estaban cerradas con picaporte. Abri y me encontré en la calle.

Poco despues habiendo entrado por la puerta principal, estaba sentado en el gabinete de la condesa delante de la chimenea entre las dos.

Hacia mucho tiempo que todos nos conociamos, y la conversacion fué franca y alegre; porque es de advertir que Magdalena delante de las gentes me trataba como se trata á un conocido antiguo, y solo reservaba su dureza, su desden y su desprecio para las circunstancias especialísimas en que la encontraba un momento á solas, ó la expresaba mi amor, mi desesperacion, á vueltas de una mazurka ó de un rapidísimo aparte.

Tal nos ha amaestrado el mundo en el arte de fingir, que nadie hubiera adivinado al vernos mano á mano en aquel gabinete, que ella y yo nos amábamos de la manera mas rara que se han amado jamás dos seres, y que la vieja condesa estaba en el secreto de este amor.

La comida fué amena: durante ella Magdalena conservó para conmigo su eterna indiferencia, y yo tuve fuerzas para contenerme.

Despues de la comida las acompañé al teatro, y me separé con un pretexto apenas empezado el espectáculo.

Habia concebido un audaz pensamiento, y me encaminé á casa de Magdalena.

Yo iba á la ventura: necesitaba entenderme con la doncella de confianza de la marquesa; pero no queria que nadie supiese que me entendia con ella. Podia estar la doncella en la casa ó fuera en sus asuntos particulares aprovechando la ausencia de su señora.

A todo evento entré en un café cercano, escribí una carta á la doncella expresándole que queria hablarla y que la esperaba en la esquina inmediata, y envié la carta con un mozo.

Poco despues el mozo me dijo que la doncella había recibido la carta.

Decir que la había recibido era lo mismo que decirme que no faltaria.

A poco tiempo estaba yo en la esquina.

Pero pasó un cuarto de hora, media hora, tres cuartos de hora y la doncella no parecia; entonces empecé á creer que acaso había dado con una virtud zahareña, y este pensamiento me aterró. Eufrasia, pues así se llamaba la doncella, era una gallega de diez y ocho años, hermosa como esas hermosuras rollizas de los gallegos, pero despierta, inteligente y maliciosa. Además se había criado desde pequeña en casa del duque del Brezo; había recibido, puede decirse, una educacion esmerada, y tenia pretensiones de dama.

Si Eufrasia, de cuyas costumbres no tenia yo antecedente alguno, era una virtud indómita, me exponia á que enseñase mi carta á su señora y me pusiese en circunstancias ridículas. Yo estaba seguro de que Magdalena conoceria el objeto de mi entrevista con Eufrasia; pero el medio de que me valia, era era uno de esos recursos vulgares que se toman á la desesperada, y que solo tienen la ventaja, si se llega á ellos, de ponernos en la situacion de obrar de una manera decisiva.

La tardanza de Eufrasia era para mí un verdadero martirio: al fin á eso de las diez vi que se paraba una mujer delante de mí.

Por el momento no la conocí: aquella mujer estaba empavesada, y lo esmerado y elegante de su traje explicaban su tardanza, porque era Eufrasia.

— He recibido una carta de V. S., me dijo con alguna precipitacion y con la voz ligeramente temblorosa; pues... me decia...

— Sí, que deseaba hablarte.

— He tardado algo, porque he tenido que esperar á que concluyesen los pinches de cocina.

— ¡Cómo!

— Hay que pasar por la cocina para llegar al postigo.

— ¡Ah!

— Sí por cierto, y si hubiera salido por la puerta principal, ó los pinches me hubiesen visto, ¿qué hubieran pensado de mí?

— ¿Con que es decir que no estando los pinches en la cocina el postigo está á tu disposicion?

— Sí, señor, dijo con un tanto de encogimiento Eufrasia; pero si V. S. no quiere que mi reputacion padezca, vámonos de aquí... podría suceder que pasase algun conocido, algun criado de la casa... pues... y una mujer honrada puede tener una conversacion con un caballero; pero no hay necesidad de que nadie lo sepa.

— Dices bien; yo tampoco querria que me vieran.

Y ofreci mi brazo á Eufrasia.

— ¡Cómo! ¿Usía se allana hasta ofrecerme el brazo?

— ¿Y porqué no? la dije; justo es que tú te apoyes en mí: así te verás obligada á servirme de apoyo.

— ¿A servir á V. S. de apoyo? dijo con extrañeza Eufrasia.

— Sí, estoy desesperado, y en que tú consientas ó no en lo que quiero, consiste acaso mi felicidad.

— Pues si en mí consiste que sea V. S. feliz, ¿porqué no ha de serlo? dijo Eufrasia apoyándose ya con cierto abandono en mi brazo.

— Se trata de tu señora, la dije.

Sentí que Eufrasia se hacia mas ligera.

— ¡Ah! ¿se trata de la señora? dijo con un acento inexplicable: extraña mezcla de vanidad ofendida y de alegría.

— Sí, quiero que me ayudes.

— ¿Y cómo?

— Quiero que me introduces esta misma noche en su aposento.

Eufrasia se detuvo de una manera irreflexiva y fijó en mí con una expresion de asombro sus picarescos ojos negros.

— Pero eso es imposible, me dijo.

— ¡Imposible! ¿No dices que una vez fuera los pinches de la cocina, está á tu disposicion el postigo?

— Sí, señor.

— ¿Estar á tu disposicion, significa que puede llegarse hasta tu aposento sin ser visto de nadie?

— Sí, señor.

— Bien... ¿Y no eres tú la doncella de confianza de la marquesa?

— Sí, señor.

— Eso significa que quien esté en tu aposento podrá entrar sin ser visto en el aposento de tu señora.

— Indudablemente.

— ¿Luego no hay ningun obstáculo material?

— No; pero hay uno muy grande.

— ¿Cuál?

— Que yo no haré eso.

— ¡Ah!

— No, señor, ¡pues no faltaria mas! Usía no conoce á mi señora cuando me propone tal cosa: si yo me atreviera, la señora me encerraria en la Galera y me tendria allí hasta que me pudriera.

— Yo evitaré eso.

— ¿Cómo?

— En el momento en que me introduces tú en el aposento de la marquesa, te sales por el postigo.

— ¿Y para qué?

— Para no volver mas á casa de la señora.

— ¿Y qué había yo de hacer? La señora es muy buena para mí. Escaparme de su casa era perderme. ¿Dónde encontraria yo otra cosa mejor?

— Mi casa.

— ¿La casa de V. S.?

— Sí por cierto; ahora vamos á ella.

— Pero...

— ¿Qué te importa nada si yo te protejo?

Llegábamos en esto á un postigo de mi casa, por donde yo entraba y salia cuando no queria que mis criados vieses con quien iba acompañado. Abrí el postigo con la llave que siempre llevaba en mi estuche para los casos imprevistos, y Eufrasia despues de una ligera resistencia entró.

Poco despues estábamos en mi gabinete.

Aunque Eufrasia estaba acostumbrada al lujo de la casa de Magdalena, la maravilló el extraordinario fausto de mis muebles, se sentó alegremente á la chimenea, y me dijo mirándome de una manera singular:

— Vea V. S. con lo que yo me contentaria: con ser ama de gobierno de un hombre que tuviese una casa como esta. Mejor cuidados estarian estos muebles: bien se conoce que aquí no hay mas que hombres.

Y puso su pequeño dedo sobre un velador, y señaló un surco en la capa de polvo que le cubria.

Indudablemente Eufrasia tenia razon: me decidí por admitirla á mi servicio.

Una vez decidido, abrí mi secreter y me puse á escribir una carta para el ministro de Estado: en ella le pedia un pasaporte para el extranjero para mí, para Eufrasia y algunos criados.

Cuando leí á Eufrasia esta carta, fijó en mí su mirada maliciosa y me dijo:

— Adivino para qué quiere V. S. que le introduzca en el cuarto de la señora.

— ¿Para qué? la pregunté con algun cuidado, no acertando con la interpretacion que podia dar Eufrasia á mis intenciones.

— Para vengarse de ella y despues escapar.

Dió tal entonacion Eufrasia á estas palabras, que no pudo caberme duda acerca de la venganza que ella creia que yo iba á tomar de Magdalena.

— ¿Y estás dispuesta á llevarme al aposento de tu señora? la dije.

— Ya lo creo... ¿Qué me importa? Es tan altiva... que bien merece... Vamos: no hay como ser ricos para hacer todo lo que se quiere.

Y Eufrasia se arregló la manteleta.

— Espera un momento, la dije; es necesario tenerlo prevenido todo. ¡Hola, Juan!

Abrióse la puerta y entró mi mayordomo.

— Es necesario arreglar mis equipajes para dentro de una hora.

— Muy bien, señor.

— Además, envia á Pedro al ministerio de Estado con esta carta, y que le despachen. Tú vete á correos y pides para mí una silla de posta: que espere en el camino de Francia.

— Muy bien, señor.

— Tú, mientras yo esté ausente, quedas encargado de la casa. Mandas hacer tarjetas de despedida al momento y las envias á mis conocidos.

— ¿A dónde marcha el señor?

— A Francia.

— ¿Tiene el señor algo mas que mandar?

— Nada mas.

Juan desapareció: un momento despues estaba yo en la calle llevando del brazo á Eufrasia.

Cuando llegamos al postigo de la casa de Magdalena, Eufrasia abrió y me dijo:

— Espere Vd. aquí (ya la había yo dispensado, ó mas bien ella se había dispensado del tratamiento): espere Vd. aquí y tenga Vd. juicio: voy á ver si el camino está seguro.

Y me dejó en medio de una densa oscuridad.

Poco despues volvió.

— Sucede mejor que quisiéramos, me dijo.

— ¡Cómo!

— La señora ha vuelto.

— ¿Que ha vuelto la marquesa?

— Sí señor, y se ha acostado.

— ¡Que se ha acostado! ¡Tan temprano!

— Eso sucede con mucha frecuencia. Cuando está inquieta, de mal humor, fastidiada, suele encerrarse en su cuarto, y se echa vestida sobre la cama: solo allá muy tarde, á las dos ó las tres de la mañana, me llama para que la desnude y la dé un vaso de leche. Cuando yo llegaba á la puerta de comunicacion con su dormitorio, entraba ella: ha despedido á las doncellas, ha tirado su capota y su abrigo sobre un sillón, se ha apoyado un momento en su reclinatorio, ha mirado fijamente y como desesperada la imágen de la Virgen que está sobre el reclinatorio, y luego se ha echado vestida en la cama. Me parece que la he oido llorar.

— ¡Llorar!

— La señora es muy infeliz. Está enamorada como una loca... yo no sé de quién... lo que sí sé es que está enamorada, porque hace cosas que lo demuestran... ¡pero es tan reservada!...

— ¿Y ha dejado abierta la puerta de comunicacion?

— Sí, señor; pero aunque la haya cerrado, no importa: yo tengo un llavin para cuando me llama de noche.

— Pues vamos, la dije con ansiedad.

— Antes déme Vd. la llave del postigo de su casa; porque en el momento que Vd. esté en camino, yo me alejo... pongo tierra de por medio. ¡Ah! será necesario que yo lleve conmigo algo de equipaje.

— No, no: por bueno que sea el tuyo, yo te compraré otro mejor cuando llegemos á Paris.

— ¡Ah! entonces bien; vamos.

Eufrasia me puso junto á una pequeña puerta de servicio entreabierta, me estrechó fuertemente una mano, despues de lo cual solo sentí que aquella mano soltaba la mia. Si Eufrasia se había alejado, sus pasos habían sido perfectamente silenciosos.

Antes de empujar aquella puerta dudé: todo mi ser temblaba, y puede decirse que mi alma tambien se estremecia bajo impresiones desconocidas: á pocos pasos de mí, en un suntuoso lecho, en medio de un dormitorio como no he visto ninguno tan bello, ni tan voluptuoso, ni tan elegante, estaba echada Magdalena de espaldas al lugar en que me encontraba, arrojada de rostro contra las almohadas y lloraba; pero silenciosamente. ¿Era aquel llanto por mí ó por misterios que no estaban á mi alcance? ¿Podia yo creer que aquella mujer no hubiese engañado á la condesa de... que acaso no me hubiese tomado por pretexto para exhalar una pasion desesperada por otro hombre puesto acaso fuera de su alcance? ¿No eran por otra parte altamente extraños aquellos amores que se sacrificaban á las conveniencias sociales? Yo no sabia que pensar. Yo había considerado siempre el amor como una pasion que enloquece, que arrastra á quien lo siente á hechos que nunca hubiera imaginado ejecutar; había creído que si en el hombre esta pasion obra con violencia, obra con mucha mayor violencia en la mujer. Sin embargo, si era cierto que Magdalena me amaba, ella me hacia vacilar en mis convicciones deteniéndome ante una diferencia de gerarquía. La vanidad hablaba mas alto en su corazon que el amor, lo que demostraba lógicamente que si su amor la arrancaba lágrimas por no poderle satisfacer, su vanidad era monstruosa.

Esto era humillante para mí : por mas que me embriagase el saber que era amado por Magdalena, me hacia sentir una cruel amargura la idea de que me ponía á un título; esto era mas de lo que mi orgullo podia sufrir, y me irritó : quise á mi vez humillar á aquella mujer, y creyéndome en posición de hacerlo, solo, encerrado con ella en su aposento, entreabrí silenciosamente la puerta y me encaminé al lecho.

En aquel momento en que yo adelantaba silenciosamente sin que se sintiesen mis pisadas á causa de lo grueso de la alfombra, Magdalena hizo un movimiento brusco, se incorporó y permaneció algunos segundos con la cabeza inclinada apoyándose en uno de sus brazos. Afortunadamente me cubría parte de la colgadura del lecho, y no me vió. No sé qué misterioso respeto me infundía Magdalena y me contuve, y continué observándola sin ser visto por una de las aberturas del cortinaje.

Al fin Magdalena se sentó sobre el lecho, permaneció otro corto espacio profundamente pensativa, y luego se dejó caer del lecho, y lenta y grave, pero esbelta, bellísima, casi fantástica, sin producir al andar ruido alguno se adelantó hácia su secreter, le abrió, acercó un sillón, se sentó, y poco despues oí el ligero ruido de una llave que abría uno de los cajones del secreter. Sacó algunos papeles, los coordinó, se puso á leerlos en silencio, y al cabo de un gran espacio se puso á escribir.

— Lo que escribe, me dije, debe ser verdad : cuando escribimos á estas horas, en medio de la soledad y del silencio, es nuestra conciencia arrojada sobre un papel : yo quiero conocer su conciencia : ¿ puedo conocerla?... ¿ y porqué no!

Decidido á arrostrarlo todo por todo, adelanté silenciosamente : lo muelle de las alfombras me favoreció y pude llegar sin ser sentido de ella hasta colocarme detrás de su sillón.

Temí que oyese los latidos de mi corazón, tan fuertes, tan violentos eran : mi cabeza sentía una embriaguez dulcísima, un bienestar como nunca he sentido : podia decirse que entonces poseía á Magdalena de una manera espiritual, fantástica; para mí no existía nada mas que aquella hermosa cabeza sobre la cual se agrupaban de una manera tan bella pesadas trenzas de oro, aquel cuello incomprensible, aquella hermosa mano que escribía, extendiendo fuego sobre el papel.

Porque Magdalena formulaba en palabras los latidos de su corazón, los profundos suspiros que se exhalaban de su pecho.

Hé aquí lo que entonces escribía :

« No tengo duda de que Victor estaba allí detrás de las puertas de cristales : he sorprendido algunas miradas de la condesa : cuando se mira á una puerta como ella miraba, de seguro se oculta alguien tras la puerta. ¿ Y quién podia ser quien allí estuviera oculto? Nadie mas que él. Por eso es que á nadie mas que á él hubiera revelado los misterios de mi vida, yo que no me hubiera atrevido á decirselo frente á frente, he aprovechado esta feliz ocasion : feliz, sí, muy feliz. Me he presentado á él cuando estaba á punto de ser vencida : le he hecho conocer que si no podemos ser esposos, podemos ser amantes : sí, sí, estoy segura de que él lo ha oído todo, de que me conoce, y yo me he dado á conocer sin verme obligada á sonrojarme, porque entre dos mujeres puede decirse todo. El es mas prudente, tiene mas dominio sobre sí mismo que lo que yo creía : durante la comida se ha mostrado indiferente, como un buen conocido y nada más : no se ha permitido una sola mirada. ¿ Me habrá comprendido? ¿ Oh y que dichosa sería ! Me parece que le amo... ¿ Amarle mas ! no puede ser... El acaso me creará egoísta : ¿ egoísta ! ¿ no ! Si yo no le amara tanto, ¿ no sería ya su mujer ? »

Magdalena soltó la pluma como con despecho, reclinó la cabeza en sus manos y se quedó profundamente pensativa. Poco despues dió un grito ; yo que habia quedado tambien profundamente pensativo, levanté la cabeza y vi reflejada en un espejo que llenaba la parte interior del secreter, la cabeza de Magdalena, pálida, aterrada, que fijaba en mí una mirada inmensa.

Nuestras dos miradas permanecieron elocuentes, ardientes, fascinadas, fijas la una en la otra : Magdalena se levantó, se volvió y quedamos frente á frente.

— ¿ Con que no era una aparicion? dijo con un acento en que habia á la par vergüenza, sorpresa y cólera.

— Creo, Magdalena, la dije, que despues de haber escrito lo que acaba Vd. de escribir y que he leído, debemos acabar por comprendernos.

— ¿ Cómo está Vd. aquí? me dijo severamente.

— Usted me ha traído, la contesté.

— ¡ Yo! exclamó con una indescribible expresion de orgullo.

— No se ha equivocado Vd., señora, repuse : yo estaba oculto en la alcoba de la condesa... yo no sabia...

— Pero ¿ cómo está Vd. aquí? exclamó con impaciencia Magdalena.

— Me he valido de Eufrasia.

— Es decir : ha seducido Vd. á una de mis criadas ; ha arrojado Vd. mi honor á la calle... mañana se sabrá que la marquesa de la Floresta, la virtuosa marquesa de la Floresta, la rígida é inconquistable viuda, ha recibido á solas, en medio de la noche, en su mismo dormitorio á un hombre. ¿ Y ha comprendido Vd. así mi amor ?

— Dentro de un mes, señora, Eufrasia estará en Méjico y no podrá decir...

— Basta con que ella lo sepa, repuso Magdalena : basta con que una sola persona...

— ¿ Y quién ha dado ocasion á esto ?

— ¡ Yo! ¿ es verdad ! ; yo que me he olvidado de que en otra ocasion me puse en las manos de un niño y he vuelto á ponerme en ellas.

— Magdalena, Vd. será mi esposa.

— Es que no quiero serlo, no, de ningun modo : es que yo sabré lanzar de mi corazón esta pesadilla que se ha apoderado de él.

— Y yo no lo permitiré, porque por esta vez no seré cobarde.

— ¿ Qué quiere Vd. decir ?

— Que me apoderaré de esa felicidad que se me disputa : que serás mi amante, Magdalena, ya que no quieres por orgullo, por vanidad ser mi mujer.

— ¡ Por orgullo! ¡ Por vanidad ! Esa es una grosera equivocacion que no esperaba yo de Vd., especialmente desde que de una manera indirecta le he abierto mi alma. ¿ Conoce Vd. la sociedad en que se ha introducido ?

— Si me he introducido en ella, la culpa es tuya, Magdalena.

— Sí, sí ; dijo ella ; ¿ pero conoce Vd. esa sociedad ?

— Es una sociedad miserable á la que se debe despreciar.

— A la que se debe temer.

— Témalas en buen hora quien no ame : sacrifíquese á ella quien la tenga en mas que su felicidad.

— De todo se necesita en el mundo para ser feliz ; del aprecio propio y del aprecio de los demás. Pero otra vez hablaremos de esto... por ahora suplico á Vd. que salga... no quiero que esa mujer que tan infamemente me ha vendido, cuente por horas su permanencia de Vd. en mi aposento. Afortunadamente si está ahí verá que nada hay en esta entrevista de reprehensible por mi parte.

— Eufrasia está en mi casa.

— Es decir que no presencia esta singular escena, exclamó con el acerado acento que algunas veces usaba Magdalena y que tanto me ofendía.

— Ten presente que estoy desesperado y que juego el todo por el todo.

— ¡ Dios mio! exclamó ella cubriéndose su hermoso semblante con las manos.

Yo aparté aquellas manos no sin resistencia, y quedamos mirándonos frente á frente.

No sé qué tenia para mí la mirada de Magdalena : mirada lúcida en que se leían encontradas pasiones : el temor, la cólera, y sobre ellas el amor, el deseo, pero envueltos por un casto velo de pureza, que me sentí dominado.

— ¡ Oh! ¡ sí, tú me amas ! ; tú me amas!... exclamó Magdalena con voz ardiente y opaca.

— ¿ Y no lo habias comprendido hasta ahora? la pregunté.

— Sí, sí, sabia que yo era para tí todo, la felicidad, la ambicion : sabia que por mí lo habias acometido todo, que por mí te habias hecho rico y fuerte sin reparar en los medios ; pero ese amor es un empeño... un empeño y no mas... ¿ nos hace parecer tan enamorados un empeño? Pero ahora creo en tu amor, porque me respetas.

— ¡ Oh ángel mio!

— Escucha : no me creas á mí misma : yo estoy loca : si deseas la posesion de esta malhadada hermosura que tanto te enamora : tuya soy... pero me harás muy desgraciada... yo... te amo ; te adoró : algunas veces no me conozco : tengo pensamientos que me avergüenzan. ¿ Escucha ! ; no crees tú mas deliciosa esta fruicion del alma que se anega en otra alma, que se confunde con ella, que la devora, que la abraza, que la acaricia, sin que haya nada impuro que manche un amor semejante al de los ángeles?

— No te comprendo, Magdalena.

— ¡ Oh! es verdad, soy una contradiccion viviente ; y es porque lucho, es porque con tu tenacidad, con tu amor, has logrado hacerte mi pensamiento y mi deseo.

— ¡ Pues bien, casémonos.

— Te amo demasiado para entregarte á la murruración. Dirian (porque el mundo en que vivimos es tan miserable, que no cree mas que miserias) : él se ha casado por interés, por vanidad... ella... ella al casarse no ha hecho mas que pagar á un editor responsable. Eso dirian, mas bien que se han unido porque se aman, porque no pueden vivir separados.

— ¿ Y qué nos importa lo que digan si somos felices ?

— ¡ Oh! sí ; porque no hay felicidad, porque no puede haber felicidad cuando se sabe que la detraccion se ocupa de nosotros.

— Es decir que solo nos separan conveniencias sociales.

— Sí. Además... yo... Victor... me importa poco el fausto, los goces materiales... viviria contigo en un estado de medianía y seria muy feliz ; pero dejar de repente la corte, mi posición... eso seria declararme como quien dice en quiebra, y no me siento con fuerzas para ello : me sacrificaré y moriré como he vivido, en mi posición.

— ¿ Me sacrificas pues á tu orgullo?

(Se concluirá.)

El invierno en el departamento de los Vosges (Francia).

La escena que vamos á describir tiene lugar en una aldea del departamento de los Vosges, entre Raon l'Étape y el Donon, escena de costumbres locales muy características que se perpetúan en las provincias de Francia lo mismo que en otras naciones, á pesar de

todos los progresos del tiempo. Estamos en invierno ; una buena nevada cubre la tierra. Aunque la primavera se aproxima, el frio se siente aun ; todas las labores del campo se hallan suspendidas. En los caminos así como en las aldeas no se ven mas que mendigos que van de casa en casa pidiendo limosna con un lobo toscamente disecado á la espalda, que suponen haber muerto, pero que es una herencia de familia ; y mercaderes del Tiro que llevan en un cajon de madera adornado con dibujos en relieve, medallas de san Huberto, cuya virtud principal es preservar de toda desgracia y curar todos los males en general, y sobre todo la rabia. Por esa época del año todas las casas se cierran ; solo se sale de dia cuando hace bueno á pasear en *schlitte*, y por la noche á la velada.

La *schlitte* (trineo) puede contener de cuatro á diez personas. La trasportan á lo alto de una colina escarpada sin árboles y cubierta de nieve, y luego despues de cargarla con las personas que debe llevar, la abandonan á sí misma y baja hasta el valle con una rapidez que se acelera sin cesar. Un jóven, que debe ser muy diestro, se coloca delante y la guía. Es un placer ver pasar como una flecha ó como una locomotora ese trineo ligero en que una porcion de jóvenes alegres forman con la mayor naturalidad grupos pintorescos. El placer es mas grande aun, cuando en vez de ser espectador, uno se siente arrastrado tambien por una fuerza irresistible en esa bajada, pero tan rápidamente que parece como que ha quedado suspendido el uso de los sentidos. No se ve nada ni nada se oye ; apenas se respira, y en todos los miembros se experimenta una emocion de placer que casi se hace dolorosa.

Al pronto uno se alarma ; pero luego se acostumbra y muy luego se decide á disfrutar con mas tranquilidad del placer que se siente, tanto que cuando se llega al fin de la colina á pesar del cansancio, se desea repetir la correría. Gracias á la nieve los accidentes son raros, casi imposibles ; por eso el que guía la *schlitte* la hace volcar, y los jóvenes caen y ruedan riendo por la nieve con gran contento de los espectadores.

La velada tiene en los Vosges el mismo carácter que en las demás provincias de Francia ; los mismos cuadros se reproducen en ella invariablemente. Los niños bailan y cantan, las mujeres trabajan y los hombres fuman agrupados al rededor de una estufa de hierro á la luz de un candil que cuelga de la techumbre. Despues cuando los niños están en la cama, se habla de los sucesos del pais ó se cuentan cuentos.

La velada se llama *lourre*. *Veni al lourre* (venid á la velada), se dicen los campesinos cuando llega la hora en que acostumbran á reunirse. No se debe confundir la *lourre* con la *coniaraidje*. Esta última tiene lugar por la tarde, y solo se reúnen en ella las mujeres para hacer sus labores.

En la *lourre* se habla siempre el dialecto del pais. Sin embargo, entre las canciones que cantan en ellas, las hay muy antiguas que han sido escritas en francés, y así se han trasmitido de generacion en generacion.

En los cuentos el lobo y el diablo representan siempre el principal papel. Tambien figuran muchos duendes. ¿ Cómo se tiembla oyendo esos cuentos, y mas si gime el viento entre las ramas peladas de los árboles de la huerta ! La jóven se estremece de miedo á cada palabra, y apenas la tranquiliza la presión de una gruesa mano que busca y estrecha su mano ; en tanto que los viejos acostumbrados á tan horrosas historias tratan en vano de luchar contra el sueño que los vence.

Unas veces es un hombre sin cabeza, que montado en un caballo blanco le lleva á beber á la fuente y perdiendo á la vuelta su camino, se cae al rio y desaparece. Otras es un carnero de una blancura deslumbradora, pero manchado de gotas de sangre, que aparece guiado por el espectro de una jóven muerta de resultas de un accidente. Los cuentos mas espantosos son aquellos cuya escena tiene lugar en el *sábado* de los Vosges : hé aquí el mas poético y el mas característico de todos, que tiene por argumento el origen del estanque de Lamaix, situado cerca de Donon.

Hubo un tiempo (segun esta leyenda) en que no existia tal estanque ; era una pradera en medio de la cual se elevaba sobre una cuestecilla un árbol aislado. Un dia (un domingo), varios jóvenes de ambos sexos fueron á bailar al rededor de ese árbol con un músico que tocaba el violin. Largo rato hacia que se hallaban entregados á ese entretenimiento cuando se detuvieron de repente porque los llamaba á visperas la campana de la aldea. Un momento se quedaron indecisos ; pero cesó el ruido de la campana, y el músico tocó una danza muy alegre ; entonces prosiguieron el baile pensando solo en su diversion sin notar que la tierra se hundia bajo sus pies.

En vano la campana les advirtió de nuevo que debian pensar en Dios ; ellos y ellas no escuchaban mas que los sonidos del violin cada vez mas vivos y alegres, y saltaban como locos en torno del árbol dándose la mano.

De repente se calló la campana, el violin cesó de tocar, y todos desaparecieron con el árbol en el fondo de un lago que se formó sobre sus cabezas. En cuanto al músico, voló por los aires despues de haber hecho pedazos su instrumento, cuyos restos inflamados dejaron en la atmósfera un olor de azufre. Sus carcajadas sofocaron los últimos gritos de sus víctimas : era el diablo.

Basta de introduccion ; paso á la descripcion de la escena prometida al principio de este artículo. — Hace algunos años cruzaba yo el departamento de los Vosges en medio del invierno. Un accidente me obligó á detenerme una semana en una aldea en casa de unos amigos. Era la semana del carnaval, y por consiguiente de



EL INVIERNO EN LOS VOSGES. — MENDIGO CON EL LOBO Á CUESTAS.

representante del difunto se halló cubierto de tierra, resonaron sollozos y exclamaciones de dolor en torno de la zanja; corrieron lágrimas de todos los ojos, y estas palabras se escaparon de todas las bocas:

— ¡El Mártres gordo ha muerto!

Debí suponer pues que el carnaval estaba concluido; por eso fué grande mi sorpresa, cuando el domingo siguiente oí un ruido de pasos y de voces en la calle desierta y silenciosa. Un caruaje se detuvo delante de la casa que habitaba yo, y una porcion de hombres, mujeres y niños se precipitaron en el patio pidiendo con un tono y unos ademanes de autoridad que me dejaron estupefacto. Como los criados se apresuraban á obedecer, yo fuí á ver al amo de la casa para pedirle la explicacion de tan singular acontecimiento. Le hallé sentado muy tranquilo calentándose.

— ¿Qué quiere decir todo esto? le dije; ¿me necesitais?

— No os asusteis, me respondió; no está amenazada mi casa.

— ¿Y porqué dais limosna á mendigos en cuadrilla que la exigen con ese imperio?

— Es muy sencillo, amigo mio; porque disfrutan en este momento de un derecho consagrado desde tiempo inmemorial. No juzgueis por las apariencias á los individuos que han invadido el patio para pedir, ó mejor dicho, para tomar mi leña; no son mendigos, son vecinos míos, y tiene cada cual un repuesto de leña por lo menos como el que yo tengo. Pero hoy es el domingo de los bures...

— ¿Qué significa esa palabra? le dije interrumpiéndole.

— No lo sé, amigo mio. Todo lo que os puedo decir,



EL INVIERNO EN LOS VOSGES. — VENDEDOR AMBULANTE DE MEDALLAS DE SAN HUBERTO.

principio de la cuaresma. Vi las fiestas del mártres gordo; vi los *petion*, ó máscaras cubiertas de harapos que recorrían las calles con unos palos muy largos en la mano con trapos colgando á la punta, que protegían ó perseguían á las *pastoras* ó máscaras bien vestidas, y á las doce de la noche asistí al entierro del carnaval, que fué sepultado con mucha pompa al borde de una fuente.

El cortejo, que era muy numeroso, fué con toda solemnidad al campo del reposo con farolillos encendidos; de antemano se habia abierto la sepultura, y en ella echaron un hueso de jamon en medio del silencio mas profundo: cuando este singular

es que se designa con ese nombre el primer domingo de cuaresma. En otros departamentos, como en la Borgoña, aunque han enterrado como aquí el mártres gordo, hay mas disfraces por las calles y mas bailes de máscaras en las casas que en el carnaval. Entre nosotros los bures se celebran de otro modo; en vez de disfrazarnos y bailar encendemos grandes hogueras en nuestras montañas, y si todo el mundo no toma una parte activa en esa diversion, todos debemos contribuir á ella. Desde por la mañana varios individuos de buena voluntad dan la vuelta á la aldea con carros y entran en las casas á pedir leña, verde ó seca, que no se niega nunca.



LA LOURRE (velada.)

La víspera se han escogido ya los puestos; en ellos se disponen enormes montones de leña que se encienden en un momento dado, y en torno de esas hogueras los mozos y las muchachas se ponen á bailar hasta que se concluye el fuego. Ya vereis desde aquí esta noche las hogueras; hay seis en nuestro pueblo que apenas cuenta 600 almas. De lejos presentan un aspecto pintoresco; pero no os acerqueis, pues siguiendo el uso establecido, atan un gato vivo al poste que plantan en medio de la hoguera, y los gritos y los saltos del pobre animal cuando comienzan á llegar á él el humo y las llamas no son agradables para el espectador.

No pude menos de hacer un movimiento de indignación, pues nunca he concebido que se pueda maltratar á los animales.

Mi amigo lo notó y prosiguió diciendo:

— No creais que mis paisanos sean mas crueles que los demás habitantes de la Francia; únicamente han conservado mas tiempo que ellos una costumbre que en las otras provincias ha caido en desuso. No ignorais que todos los años, la víspera de san Juan, los magis-

trados hacian levantar en Paris, en la plaza de Greve, un gran monton de leña que prendia fuego el mismo rey, acompañándole en la ceremonia la mayor parte de su corte, y que ataban al poste plantado en medio de la hoguera un cesto que contenia algunas docenas de

negros, aquellas nubes de humo que se elevaban en remolinos por los aires, aquel contraste de luz y de tinieblas heria vivamente la imaginacion. Era un espectáculo que no se podria pintar debidamente ni con el pincel ni con la pluma.

A. J.



EL INVIERNO EN LOS VOSGES. — LA SCHLITTE (trineo.)



EL DOMINGO DE LOS BURES.

gatos y un zorro, animales condenados á ser quemados vivos para *faire plaisir à Sa Majesté*. Luis XIV asistió en 1648 á este espectáculo que suprimió la revolucion, y cuyo uso data de tiempos muy remotos, quizá de la religion druidica.

— Pero en fin; ¿sabes, pregunté yo, quién ha instituido vuestra fiesta?

— No, me respondió, ni siquiera se conoce su origen.

En esto llegó la noche. Las llamas de los bures que estaban en seis cerros distantes unos de otros, esparcian en toda la atmósfera una claridad suave... En aquel momento el paisaje que tenia yo ante la vista ofrecia un aspecto mágico. Cuanto mas iluminaban las hogueras ciertos puntos del campo, tanto mas se oscurecian aquellos que dejaban en la sombra. Las llamas tan brillantes, aquella nieve tan blanca, aquellos abetos tan

se elevaban en remolinos por los aires, aquel contraste de luz y de tinieblas heria vivamente la imaginacion. Era un espectáculo que no se podria pintar debidamente ni con el pincel ni con la pluma.

Revista de Paris.

La segunda mitad de la temporada del Teatro Italiano de Paris es siempre la mas brillante. La alta aristocracia no vuelve á la capital hasta principios de año, y una vez en ella, una vez inaugurada la época de las reuniones y los bailes, entra en el gran tono el asistir al menos una noche por semana al Teatro Italiano. En las noches de grandes representaciones no hay nada comparable al aspecto que presenta esta concurrencia aristocrática. Justo es repetir hablando de esto lo que hemos dicho ya en otras ocasiones, que á nuestro compatriota el señor Calzado corresponde el mérito de haber levantado la antigua preponderancia de esta escena lírica, en decadencia desde que acabó el reinado de Luis Felipe. Las compañías, durante la direccion del señor Calzado, se han ido sucediendo cada año mas escogidas y numerosas, y la del actual ha llegado á ser inmejorable, pues reúne los artistas mas famosos de nuestra época escasa, preciso es confesarlo, en nuevos talentos de primer orden.

Varias óperas se han cantado despues del *Giuramento* de que hablamos á su debido tiempo á nuestros lectores, y entre ellas han llamado la atencion la *Semiramide* y *Marta*. En la primera la Penco ha sido muy aplaudida, aunque no tanto como en la *Norma*, que ha sido sin duda el mayor de todos sus triunfos. Es una artista de mucha expresion, de mucho fuego, como quien ha aprendido reinando en Italia soberanamente la música de Verdi. Pero Rossini ha escrito de otro modo que aquel maestro, y para cantar sus melodías recargadas por lo comun de vocalizaciones escabrosas, se necesitan cantantes de la escuela antigua. La Alboni las dice con perfección; es verdad que no hay dificultad para tal garganta. Badioli, que despues de recorrer el mundo ha llegado á Paris cargado de laureles y de años, canta su parte en *Semiramide* con mucho lucimiento; se conoce que posee bien el sentido y el sentimiento de esta música cuya tradicion se pierde de dia en dia. En suma, Badioli no ha disgustado en Paris, y se espera una revelacion mas completa de su talento en otras óperas. El señor Belart, tenor de agilidad y de gracia, canta igualmente la música de Rossini con merecido aplauso.

En la *Marta* de Flotow la Frezzolini ha desempeñado el papel que hizo la Saint-Urbain el año último. Lo mas notable en su ejecucion es la romanza de la rosa que dice con un sentimiento exquisito, con una delicadeza de expresion y una ternura dignas de todo elogio. En lo restante no se halla, á nuestro juicio, tan afortunada. Mario está inimitable en su aria del tercer acto, y Graziani y la Nantier Didier completan un conjunto que está muy al nivel de esta bonita música.

Se anuncian *Matilde di Schabran* y *Don Giovanni*.

Se está ejecutando actualmente en el teatro de la Gaité un drama titulado *Cartouche*, sobre el cual vamos á decir algunas palabras, porque se trata de uno de esos bandidos feroces que la literatura de nuestro tiempo ha puesto á la moda. El éxito que tiene esta obra en Paris es muy ruidoso, de donde se deduce que la afición á esas epopeyas de asesinatos y de robos es comun á las clases populares de todos los paises. En España el pueblo celebra los «altos hechos» de José Maria, de Jaime el Barbudo, de Diego Corrientes y otros jefes de facinerosos; y en Francia los Cartouche y los Lacenaire tienen historiadores que se encargan de transmitir á las generaciones venideras la fama de sus criminales aventuras.

Cartouche es un héroe antiguo; nació en 1695, y cometió sus fechorías en tiempo de la Regencia. Era jefe de una partida de bandoleros que fué en aquella época el terror de los parisienses. Debemos decir que por entonces el oficio de ladrón era muy lucrativo, por la razon de que los caminos estaban desiertos, las calles de las poblaciones á oscuras, la policía mal organizada, y sin los telégrafos, los ferro-carriles y demás auxiliares que hoy secundan sus esfuerzos para proteger á la gente honrada.

Tambien en aquel tiempo el dinero se trasportaba de una parte á otra por gruesas cantidades en las diligencias ó carruajes públicos; y los cuatro escopeteros que daban la escolta advertían á los ladrones, que se reunían en cuadrilla y robaban descaradamente.

Aun se conserva en algunas familias la memoria de los robos atrevidos que hizo Cartouche en perjuicio de los antepasados. Las precauciones que se imaginaron para ponerse al abrigo de sus robos fueron infinitas. Vendian cajas de tabaco en cuya tapa se hallaba el retrato del culpable; pero esta entraba en el número de las precauciones inútiles, por la razon de que Cartouche se metamorfoseaba continuamente.

Unas veces era un muchacho, otras era un viejo; hoy era un noble, mañana era un toscó campesino. Iba á la Opera con facones encarnados y encajes en las mangas, y algunas horas despues se cubría de harapos y frecuentaba los bodegones de las barreras. Aquí encontraba á sus compañeros y combinaba con ellos el modo de robar una platería ó la casa de algun noble opulento.

Las memorias de la época dicen que á fuerza de paciencia Cartouche habia logrado trazar la geografia de los tejados de Paris, y que siguiendo los canalones se trasportaba de un barrio á otro, burlando así la vigilancia de las patrullas que le buscaban en vano por las calles.

Elegir para protagonista de un drama á un héroe como Cartouche, es sin duda una tarea un poco embarazosa; pero M. Dennery es un hombre experimentado, y hé aquí el subterfugio de que se ha valido para salir del paso.

Nos ha representado al Cartouche de los salones, un Monte-Cristo con manos de ratero; y para facilitar el trabajo á su héroe, le pone entre personas que hacen la vista gorda á sus proezas de prestidigitador eminente. Además, Cartouche, como buen francés, es un hombre de *esprit*, que hace reír al público con sus agudezas.

De este modo ha salvado el autor la odiosidad del personaje. Además, desde el principio de la pieza se advierte que el desenlace será el castigo de ese criminal peligroso y desalmado.

A mayor abundamiento, al lado de Cartouche M. Dennery ha puesto un defensor de la virtud incorruptible.

En el primer acto aparece Cartouche en el mercado en medio de su cuadrilla, con Grebichon su teniente.

Los ladrones se rozan con algunos condes y marqueses que han acudido allí á requebrar á las ramilleteras jóvenes y bonitas.

Esta vez se trata de robar provisiones de boca para la cena que quiere dar Cartouche á sus compañeros, cena que debe tener lugar en la casa del héroe, calle de la Grange-Bateliere.

Pero esta casa carece de muebles, y á Grebichon se le ocurre la idea de ir á sacarlos del palacio del conde de Orbesson, que es uno de los nobles que persiguen á las ramilleteras.

El mejor éxito corona esta expedicion peligrosa. En pocas horas los principales muebles, los broncees preciosos y todos los objetos de arte del palacio de Orbesson adornan la casa de Cartouche, y este como para poner el colmo á la impudencia, cambia de nombre y convida á cenar al conde de Orbesson.

El conde al entrar en la sala de la fiesta, reconoce sus broncees, sus mosaicos, sus estatuas de Diana y de Apolo, y hasta los retratos de sus abuelos colgados en las paredes; su furor no conoce limites, y se bate al floreite con Cartouche; pero este le desarma con la mayor destreza, y en seguida se descubre y le dice que ha tenido el honor de cruzar el acero con Cartouche.

El conde quiere llamar la guardia, y entonces salen de los armarios los miembros de la cuadrilla, que rodean á su jefe y echan al conde á la calle.

En los actos siguientes vemos á Cartouche con su fiel Grebichon prosiguiendo el curso de sus hazañas, esto es, robando relojes de bolsillo, descerrajando puertas y muebles, atacando á los transeuntes en la calle ó á los viajeros en los caminos.

Todo un acto pasa en los tejados de Paris, y sobre ellos vienen á encontrarse el conde de Orbesson y Cartouche.

Este último, cercado por la tropa, es cogido preso y encarcelado; pero á poco tiempo de estar en prision logra escaparse, gracias á los utensilios que le llevan á su calabozo sus amigos, provistos cada cual de su correspondiente pase del teniente de policía. Esto no es verosímil, pero es muy divertido.

Cartouche despues de su evasión quiere casarse. Ya la novia está engalanada y dispuesta para ir al altar, cuando llega una señorita que descubre en su cuello y en su cinturón los diamantes que la han sido robados.

Cartouche sale otra vez del apuro gracias á los hombres de su cuadrilla.

En el último acto el facineroso ocupa una selva y espera á los viajeros; pero en esta ocasion comete un asesinato y cae en manos de la justicia, que le condena á morir en la plaza de la Greve en el suplicio de la rueda, horrendo espectáculo que M. Dennery ha hecho muy bien en suprimir en su drama.

La pieza abunda, como hemos dicho, en chistes cómicos que los actores encargados de ejecutarla hacen valer con su talento acostumbrado.

Hé aquí ahora una aventura de la semana última:

Dos tenderos de Paris del barrio clásico del comercio menudo parisiense, esto es, del faubourg Saint-Denis, invitados por un amigo comun, tuvieron la idea de ir el sábado último al baile de máscaras de la Opera.

Entrambos son casados hace unos cuantos años, y hubieron de comunicar su idea á sus mujeres.

— ¡Al baile de la Opera! exclamaron estas con indignacion, pues habian leído muchas historias escandalosas que habian tenido por teatro ese baile famoso; no permitiremos que vayais á ese lugar de perdicion.

Los maridos se mantuvieron firmes y persistieron en su propósito; y en vista de ello las mujeres se ingeniaron en descubrir un medio para impedir su realizacion.

— Les daremos un narcótico, decia la una.

— Nos fingiremos enfermas, exclamaba la otra.

Formaron varios planes, hasta que al fin una de las esposas indignadas exclamó con un grito de júbilo:

— Tengo una idea, una idea luminosa.

— ¿Y cuál es?

— ¿Ya conoces al sugeto que les ha infundido ese pensamiento diabólico?

— Sí.

— ¿Quieres venir conmigo á su casa?

— ¿Y para qué?

— Ya lo verás: vamos pronto.

Se vistieron, y media hora despues se hallaban en casa del amigo

— Usted debe llevar esta noche á nuestros maridos al baile de la Opera, le dijo una de ellas.

— Señora...

— No lo niegue Vd.; nos lo han dicho ellos.

— Entonces díganme Vds. el objeto de su visita.

— Si quiere Vd. obtener nuestro perdon, tiene Vd. que hacernos un favor.

— Veamos.

— Entrará Vd. en el baile con ellos, y luego con un pretexto cualquiera los dejará Vd. y vendrá á buscarnos á nosotras.

— Lo haré con mucho gusto; ¿dónde encontraré á Vds.?

— En el peristilo del teatro.

— Corriente.

Dicho y hecho. Al entrar en el gran salon de la Opera, las dos mujeres buscaron á sus esposos, y los hallaron paseándose y hablando con dos mascaritas de dominó negro, que les escuchaban con mucha atencion: sin duda el asunto era interesante.

El amigo, viendo el peligro, abandonó un instante á sus dos protegidas, y acercándose á los maridos exclamó:

— Dejen Vds. á esas mozuelas, las conozco, no valen dos cuartos; yo tengo otras mejores.

— ¿Quiénes son?

— Dos actrices muy célebres en Paris; vengan Vds. conmigo, iremos á cenar y nos divertiremos macho.

La proposicion fué aceptada con entusiasmo; las cinco personas salieron del baile y se dirigieron á la Maison d'Or.

Las dos mujeres no pronunciaban una sola palabra.

— ¿Son mudas? preguntó uno de los maridos.

— No por cierto: ya lo verá Vd.

— Entonces ¿porqué no hablan?

— Hablarán cuando hayan tomado algo; ¿cómo nos vamos á reír! exclamó el amigo.

Los dos tenderos no podían disimular su impaciencia; miraban á las encubiertas con ojos chispeantes de curiosidad, y querían entablar conversacion con ellas; pero les oponían un silencio que no hacía mas que aumentar su deseo de ver caer el velo y la careta.

Por fin, cuando hubieron tomado la última cucharada de sopa, las dos desconocidas mostraron el rostro, y los dos maridos se quedaron estupefactos é inmóviles.

No hubo risas. Las mujeres muy serias se llevaron á sus maridos, amenazándoles hasta con el divorcio si otra vez se empeñaban en ir al baile de la Opera.

MARIANO URRABIETA.

GONZALO DE OYON

POEMA

POR DON JULIO ARBOLEDA.

Hoy tenemos el placer de dar lugar en las columnas de nuestra revista al hermoso canto quinto del celebrado poema GONZALO DE OYON, obra del eminente poeta neogranadino señor don JULIO ARBOLEDA. Ya otra vez al publicar un estudio biográfico acerca del autor, tuvimos ocasion de dar á luz la Introducción y el canto primero, piezas que fueron muy aplaudidas en España y América. Para recordar á nuestros lectores el argumento del poema, reproduciremos algunas de las líneas que entonces escribimos.

«Todos saben la historia de los Pizarros. Gonzalo fué nombrado gobernador de Quito por Francisco su hermano, é hizo la heroica expedicion en que, trasmontando los Andes, descubrió el Napo, siendo abandonado por Orellana, que dió su nombre al Amazonas. Gonzalo se opuso á Nuñez Vela, virey del Perú, con beneplácito de los pueblos: lo derrotó y lo mató en Quito. Francisco Carvajal aconsejó á Gonzalo Pizarro para que se declarase soberano de los inmensos y vastos territorios descubiertos por su hermano; pero este, desoyendo á Carvajal, adoptó una conducta tímida, débil y fluctuante, conducta que le acarrió el desvío de sus partidarios, los cuales al fin lo abandonaron, á pesar de su victoria sobre Centeno. Caido en manos de fray Pedro de la Gasca, este le hizo decapitar.

»Alvaro de Oyon, de una familia distinguida, habia sido el compañero de Gonzalo Pizarro en sus dias de gloria y en sus adversos tiempos. Oyon habia conocido la importancia de la oposicion hecha á los planes de Pizarro, por la entonces vastísima provincia de Popayan, y habia resuelto aprovecharse de ese conocimiento. Desterrado por sus comprometimientos en la rebelion de Pizarro, y profundamente herido por la muerte de su padre, habiase trasladado á Popayan, dejando en todo el continente amigos numerosos y valimiento. Alvaro se proponía espiar una ocasion oportuna y propicia para hacerse él lo que Gonzalo Pizarro no habia querido ser por timidez: emperador del rico y opulento continente dado á la corona de Castilla por los Pizarros, Almagro, Baldivia, Frederman y Quesada.

»Este último hecho importante y dramático del tiempo de la conquista en que Gonzalo de Oyon es el héroe de España y Alvaro el representante de una injustificable revolucion, es el objeto del poema.

»Es en vano buscar en estas producciones las bellezas que les adornan: todo es bueno en cada estrofa, en cada verso: armonía, correccion, fuego, sentimiento, imágenes exactas: eso, y mas que eso, se halla en tan admirable composicion. Puzenza es dulce, bella, gentil, sensible; Gonzalo es valeroso, noble de corazón y grande de alma; Benalcázar es soberbio, impetuoso, y su orgullo y su voluntad, que no reconocen regla, y su amor y sus celos le lanzan en la senda resbaladiza del crimen.»

CANTO QUINTO.

Entre la sombra solitaria y fria
De la apartada y secular montaña,
Sin mas bienes que el cielo y su cabaña,
Vive un varon en honda soledad.
La férrea mano del dolor marchita
Los blancos lirios de su clara frente,
Mas su mirada reverbera, ardiente,
Con el rigor de la primera edad...

Tal vez su vida el porvenir encierra;
Tal vez de Dios la prevision divina
A cumplir sus decretos le destina,
Y tiene su arma y su instrumento en él.
¿Quién comprende al Señor? Él eslabona
Nuestras acciones; y su diestra lanza
Ya un esparto, ya un mundo, en la balanza
Del universo, y equilibra el fiel.

Ora ante el cesto en que Moisés naufraga,
Un leve junco sobre el Nilo tiende,

Y de ese junco el porvenir suspende
De la raza bendita de David :
Ora parece deteniendo el astro
Que dirige al ocaso su carrera,
Porque su luz derrame en la pradera,
Y el pueblo de Israel siga en la lid.

Dios, que esconde su origen, no en el tiempo,
Que el tiempo está por lindes circunscrito ;
Dios, para quien lo eterno y lo infinito
Solo atributos de su esencia son ;
Dios, que esconde su fin, no en el futuro,
Que lo futuro á ser para él no alcanza ;
Dios, en quien no hay memoria ni esperanza,
Porque solo hay presente para Dios ;

Si; Dios se digna gobernar al hombre,
Porque todo lo abarca : ÉL es perfecto,
Y da leyes al sol como al insecto,
Y cuida al ángel y al gusano vil :
Todo lo crea, y lo gobierna todo ;
Ya de mundos inúmeros tachona
El cielo; y a los reinos esclabona
A la suerte de un hombre ó de un reptil.

Muerda á Colon un áspid, y el destino
Cambia del universo : los millones
Que han venido á poblar nuestras regiones
No serian siquiera los que son.
Rompase el débil cáñamo en que cuelga
La madre á Fulton en su pobre cuna,
Y la industria del mundo, y su fortuna,
Quedan, porque él no piensa, en la inaccion.

Como al contacto eléctrico se cimbra
Una cadena de extension inmensa,
Del genio al soplo se despierta, y piensa,
Y obra, y corre al poder la humanidad.
Para toda medita Galileo,
Y el ciego Homero para toda canta,
Y Saulo y Pedro, en su doctrina santa,
Enseñan para toda la verdad.

Una es la humanidad. Ibero y Chino,
Y Colombiano y Tártaro remoto
Navegan juntos; mas del mar ignoto
Dios solo el rumbo y los escollos ve ;
Y porque ÉL solo es sabio, y ÉL conoce
Solo del puerto el último reparo,
Alza en la mar, por nuestro bien y amparo,
El faro inextinguible de su fe.

Entre tanto el filósofo presume
Que la dicha con números calcula,
Y en balanza sin fiel pesa y regula
Los átomos de bien y de salud.
¡ Necio ! Solo una regla hay para el hombre :
El crimen siempre á la desgracia induce,
Siempre á la dicha la virtud conduce,
Siempre la fe conduce á la virtud.

Con la fe vuela Codro al matadero
A salvar á su pueblo del Dorian ;
Con la fe vence al Persa el Espartano,
Resiste á Roma el Scyta con la fe.
Sócrates, al sentir el zumo ingrato
Del veneno mortal helar las venas,
Rie dejando á su querida Atenas,
Porque otra patria tras la tumba ve.

Ante los doce de Yatreb, que anuncian
De un Dios único y grande la doctrina,
La muchedumbre idólatra se inclina
Cual se inclina la espiga al huracan ;
Y al brillo de sus corvas cimitarras,
Y pidiendo á la muerte el paraiso,
Entre Brahma y el Cristo, de improviso,
Le alzan su trono anchisimo al Coran...

¡ Salve ! ¡ insigne virtud ! Tú que pudiste
Obrar tantos milagros de pagana,
¿ Qué no harás, si pacífica y cristiana
Iluminas al mundo con tu luz ?
¡ Tú, que al Dios bueno á conocer enseñas,
Tú, que pudor y caridad inspiras,
Tú, que arrancando al corazon sus iras,
Unes al universo con la cruz !

Sin tí se agita estacionario el Chino
Entre mares de oprobio y de riqueza ;
Sin tí, levanta apenas la cabeza
El poligamo y laso musulman ;
Y los indios, en castas separados,
Desconociendo tu igualdad sublime
So el peso del Breton que los oprime,
Bárbaros son, y en la ignorancia están.

¡ Oh ! Si el pueblo de Cristo es solo grande ;
Si para hacer viajar su pensamiento
Ha arrebatado el rayo al firmamento ;
Si puede al mar y al huracan vencer ;
Si el universo entero se somete
Al rigor de su espíritu fecundo,
En tu doctrina santa ¡ oh luz del mundo !
El secreto ha de estar de su poder.

¡ Ven, por piedad ! No dejes de mi patria
El verde valle, la tendida loma ;
Guárdale su pureza de paloma
A la nacion cristiana en que nació.
Guárdala, y en las ondas bienhechoras
De tu corriente pura y cristalina,
Purifica á la raza granadina,
Para que medre deleitada en tí.

¡ Si, ven ! De Dios en el designio sabio
Nada hay desordenado ni violento :
El progreso del hombre es un portento
De tu tranquila y natural accion.
¡ Ven ! inspira á este mísero ermitaño,
Que su dolor y lágrimas oculta
En esta selva solitaria, inculca,
Para que salve al mundo de Colon.

¡ Pobre eremita ! La afliccion agobia
Su frente melancólica y sombría,
Y hasta su risa, cuando asoma, es fria
Como la luz de hoguera funeral ;
Y vive como el águila, alcanzada
De flecha aguda, que orgullosa emprende
Su vuelo al monte, y solitaria tiende
Al punzante dolor su ala imperial.

Su mirar, ora vago y ora fijo,
Y el amargo sarcasmo de sus labios,
Revelan su pesar por los agravios
Que de su hermano el hombre recibió ;
Pero solo es pesar : noble en su orgullo,
Huyó el placer de la venganza impia ;
Y apartado del mundo, en su agonía,
A Dios por solo protector buscó.

Odio no siente : el odio le atormenta :
Por placer ama, por virtud perdona ;
Y hasta al amigo infiel que le abandona,
Recuerda compasivo en su desden :
De la natura admirador, en ella
Busca de su conducta el alto ejemplo,
Y es su inocente corazon un templo
Que el mal no mancha y que perfuma el bien.

Tienen á veces lágrimas sus ojos,
Y por su grave rostro buscan paso
Cuando, con el crepúsculo al ocaso,
Entona el toche su postrer cancion.
Al pajarillo huérfano, al insecto
Protege y cuida su piadosa mano,
Y ataca al tigre de su fuerza ufano,
Y roba sus cachorros al leon.

Hay en su albergue rústico y angosto,
Tallado en bronce, un santo Crucifijo,
A cuyos piés el solitario fijo
En ferviente oracion postra la faz.
Sin obtener alivio, ó sin pedirle
Quizá con fe sincera y esperanza,
Dos sentimientos á hermanar no alcanza :
Guerra consigo, y con el cielo paz.

Porque extraviado por la ciencia vana
Interrogó la misteriosa y muda
Verdad del Increado, y de la duda
Hundióse en el abismo aterrador.
Rota la fe, no hay vínculo bendito
Que á Dios nos una : sin piloto vamos,
Y del delito en los escollos damos,
Que oculta el mar funesto del error.

Penden á un tronco, de diversas ramas,
Quizá objetos de culto á su memoria,
Quizá recuerdos de pasada gloria,
El terso casco y el bruñido arnés :
El arcabuz y la templada espada,
Con solícito esmero aparejados
Están en cruz, á la pared colgados,
Bajo un negro y espléndido pavés.

Pace un potro robusto en la esplanada
Frente á su choza, y sobre el tronco inmoble
La da su sombra protectora un roble,
Del huracan y el tiempo vencedor :
Y libros tiene, y el papel amigo
En que la hiel del ánima derrama,
Pensando acaso que á la eterna fama
Legará con su nombre su dolor.

Las aves libres, que del hombre evitan
El sanguinario destructor instinto,
De su choza al pacífico recinto
Suelen albergue y proteccion pedir ;
Y el ermita acaricia deleitado
Aquellos seres, que en su torno vuelan,
O en sus hombros sentados, no recelan
Que él los pretenda esclavizar ni herir.

Sin mas consuelo, en soliloquio eterno
El solitario se habla y se responde ;
Huye del mundo, y en la selva esconde
De la enemiga humanidad su hiel.
Y les habla á los árboles, y goza
En hacer que repliquen á su acento
Los ecos, que en fantástico concerto,
Cambian sus notas rústicas con él.

A veces suele armarse, y cabalgando
El noble potro á su querer sumiso,
Por la selva se interna de improviso
Abandonando su mezquino hogar ;
Y veredas incógnitas trillando,
Visita precipicios y torrentes,
Cuyos arroyos turbidos é hirvientes
Se deleita en vencer y atravesar.

Alta es su frente, su ademan resuelto,
Ancha su espalda, leve su cintura ;
Descúbrese en su elástica figura
La agilidad robusta del leon ;
Velan su rostro, en rizos de azabache,
La escasa barba y luenga cabellera ;
Lanzan sus negros ojos la certera
Y atrevida mirada del halcon.

Hicieron ya las armas su embeleso ;
Mas de su vida el misterioso hilo,
Porqué le niegue la ciudad su asilo,
Nadie saber pretende ni inquirir.
Ser generoso, el bárbaro le admira
Y cuida con benévolo respeto,
Que de su vida el mísero secreto
No llegue el vencedor á traslucir.

¡ Precucion vana ! La hora se aproxima
De prueba para él : no hay paz ni calma
Cuando la espina del amor del alma
No abandona á su víctima jamás.
El ha servido á su opresor, y al malo
Ningun favor ni beneficio liga :
Con mas teson que el mal, el bien castiga
La ingratitud, porque le pesa mas.

Era la tarde. Pálido teñía
La selva el sol con su postrera lumbre,
Y con sentida y blanda pesadumbre
Gorgeaba el ruiseñor su último adios.
La leve brisa apenas susurraba ;
Murmuraba tranquilo el arroyuelo ;
Y el puro azul del infinito cielo
Presentaba un dosel digno de Dios.

Ya la tórtola amante y soñolienta
El postrimer arrullo despedía,
Y al arrullo, arrullando, respondía
El compañero oyéndola quejar.
Cantó ya el toche el himno de la tarde ;
Blanda bajó la mirla al grato nido ;
Y despidióse el cóndor afligido
Del sol que se hande en el lejano mar.

¡ Escuchad ! ¡ Una planta misteriosa
Resuena de la selva en la espesura !
¿ Quién huella osado la montaña oscura
Al despedirse el último arbol ?
¿ Cuando, en el horizonte adormecido,
Luenga dibuja la expirante sombra,
Sobre la verde y esmaltada alfombra
Lánguido y tibio el desteñido sol ?

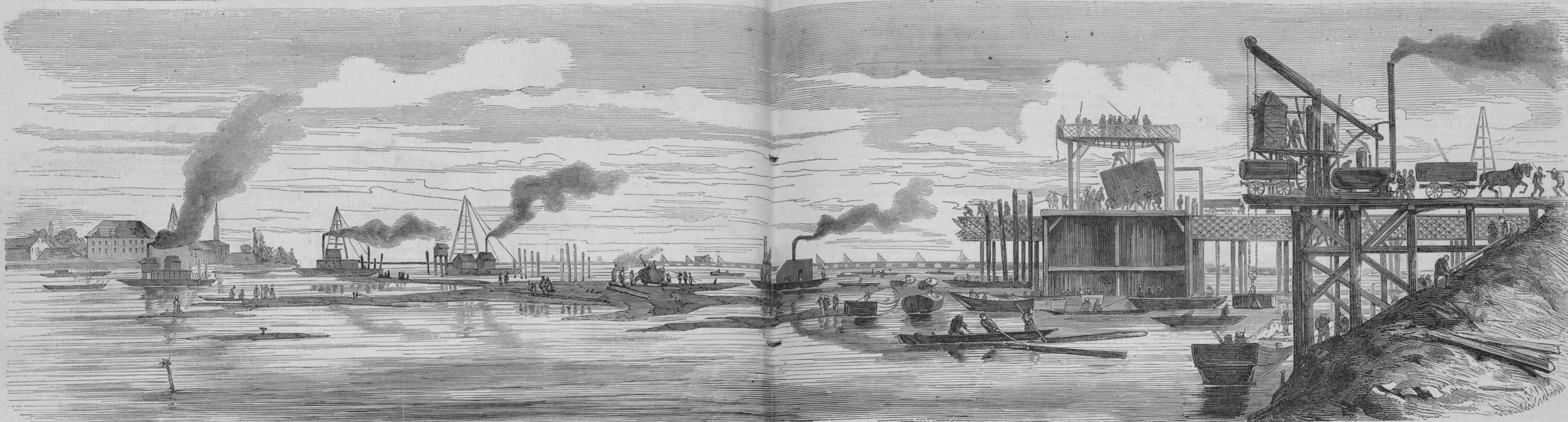
¿ Quién turba el melancólico reposo
De la desgracia ? — De sorpresa herido,
Deja escapar un tético bufido
Sonoro y ronco el ágil alazan ;
Luego, trotando en torno, las orejas
Perfila hácia adelante, y enarbola
Tendida en pluma la poblada cola
Al partir con atónito ademan.

(Se continuará.)

Construccion del puente sobre el Rhin

ENTRE ESTRASBURGO Y KEHL.

La construccion del puente que se ejecuta actualmente entre Estrasburgo y Kehl, destinado á poner en comunicacion los ferro-carriles franceses con los ale-



VISTA GENERAL DE LAS OBRAS DEL PUENTE DE KELH, EN ESTRASBURGO.

manes, figurará entre las empresas mas grandiosas y las concepciones mas atrevidas de nuestro siglo. La ausencia de terreno sólido, reconocida por sondeos de 60 y 80 metros, la necesidad de plantar los cimientos de los machones á la profundidad enorme y desconocida hasta hoy de 20 metros mas abajo de las aguas mas bajas, para evitar las excavaciones que la fuerza de la corriente en ese rio puede abrir á 12 y 15 metros, el peligro de establecerse sobre un cauce cuya velocidad puede llegar á 300 metros por minuto, y que

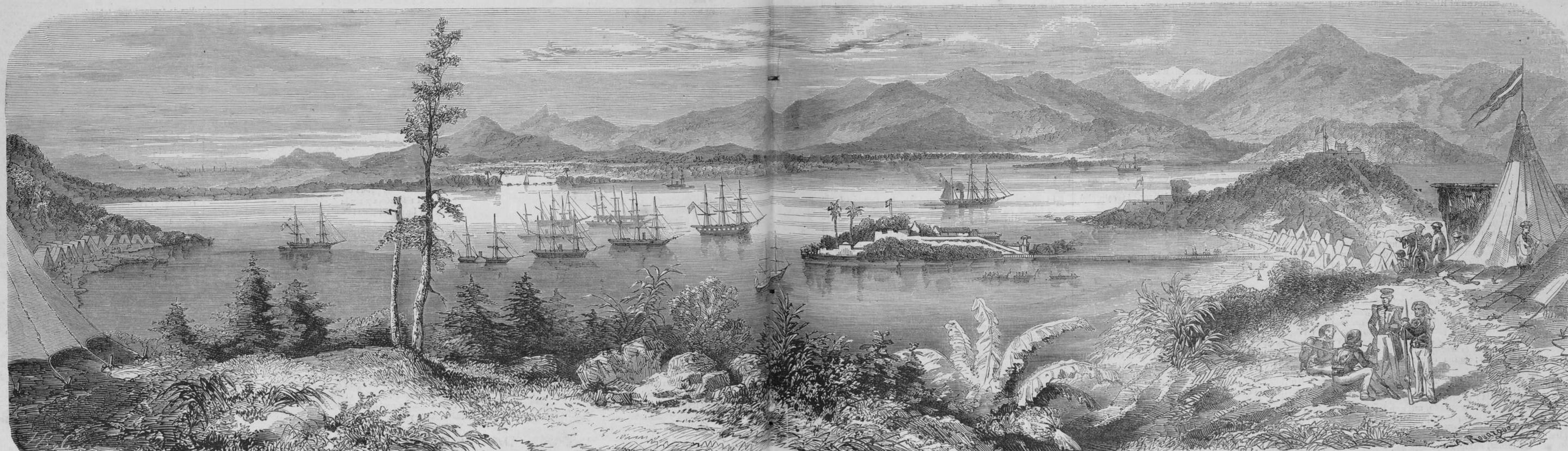
por la proximidad de las montañas de la Selva-Negra y de los Vosges, puede subir á muchos metros en algunas horas; tales son, en pocas palabras, las dificultades que hay que vencer en esa obra sin antecedentes. En presencia de todo esto, los ingenieros debieron renunciar á todos los sistemas conocidos hasta hoy, apelando á un nuevo método para alcanzar la solución de un problema que el arte de la construcción, á pesar de sus progresos, no podia resolver todavía. Todo el mundo conoce la campana de bucear; es un

aparato abierto únicamente en su parte inferior, bastante grande para que pueda encerrarse un hombre, y bastante pesado para que caiga al fondo del agua. El aire que contiene ó que se puede enviar á él por una bomba, impide por su presión que entre el agua, y permite que un obrero trabaje algunas horas en el fondo de un rio. Hé aquí la primera idea; veamos su aplicación. Se reemplazó la campana de bucear con grandes compartimientos de hierro batido, que tienen juntos la

superficie de uno de los machones, es decir, 25 metros de largo sobre 7 metros de ancho. Este inmenso aparato que no pesa menos de 200,000 kilogramos, se bajó al fondo del rio, en el lugar dispuesto para este fin. Máquinas soplantes movidas por una fuerza de vapor de cerca de cien caballos enviarán el aire comprimido que con su presión desviará el agua y permitirá que bajen unos cincuenta obreros que minarán la tierra en los compartimientos, en tanto que otras máquinas de

vapor, mediante disposiciones ingeniosas, harán subir las arenas á la superficie. Al mismo tiempo que esto se efectúa por debajo y se meten las cajas en los lugares que abren para ellas, se construye encima el machon de fábrica que se baje luego en una sola pieza hasta la profundidad determinada. Entonces, á beneficio de unos pozos abiertos de antemano, se llenarán las cajas de hierro batido y se trabajará así todo el machon por debajo.

La mayor parte de este trabajo debe efectuarse en el aire comprimido por una presión igual á la profundidad á que se quiere bajar, esto es, á cerca de tres atmósferas. Actualmente se concluyen los andamios que deben rodear los lugares de los machones, y se levanta el puente de servicio para las obras. Nuestro grabado abraza el conjunto de los trabajos que hoy se efectúan sobre el Rhin. A la derecha por el lado de la Francia, están termi-



Península de Tienteha. Montañas de mármol. Rio de Turana. LA FAHIA DE TURANA, VISTA TOMADA DEL FUERTE DEL OBSERVATORIO. Batería del Norte. Fuerte del Norte.

nados ya los andamios del primer machon, así como el puente de servicio construido con vigas segun el sistema americano.

Los andamios se componen de dos hileras de estacas colocadas á cuatro metros de distancia unas de otras, y que rodean el espacio reservado para la fundacion del machon definitivo. Este espacio se halla completamente cerrado con tablas. Hay dos pisos en torno del machon; el superior, al nivel con el tablero del puente de servicio, recibe á la derecha y á la izquierda las vias férreas sobre las cuales hay gruas para bajar los materiales.

A la izquierda, las máquinas de batir concluyen en la orilla badense el batido al vapor de las estacas del último machon, en tanto que otra máquina de vapor arranca en medio del Rhin un banco de arena de 100,000 metros cúbicos que ocupa el lugar de los machones intermedios. Veinte lanchones apenas bastan para llevar bajo la grua de la derecha el casquijo extraído por esa máquina que funciona de dia y de noche.

Una locomovible de quince caballos instalada detrás de la grua, levanta las cajas á siete metros de altura, en tanto que otra máquina colocada delante sirve de eje á todo el sistema, y el casquijo va en cierto modo á arrojarse solo en unos carros que se llevan luego los caballos para verterlo mas lejos.

En el fondo se distingue el pueblecillo de Kehl, con su campanario de piedra encarnada, así como las obras de la estacion definitiva que los badenses concluyen á la orilla del Rhin, detrás de los edificios de la aduana. El puente de barcas que, desgraciadamente debe quedarse ahí, se halla á la parte de arriba del puente que se construye en la actualidad para el camino de hierro.

Por el lado francés, detrás del puente de servicio, se eleva á la misma altura un inmenso terraplen de cuarenta metros de ancho y cinco de altura, destinado á la construccion del tablero del puente, cuyo trabajo será confiado á los ingenieros badenses.

Una rampa de acceso toca al terraplen y pone en comunicacion el puente de servicio con los almacenes provistos ya de todos los materiales necesarios.

Los almacenes cubren una superficie de 20 hectáreas y comunican á beneficio de un ferro-carril de seis kilómetros con los canales del Marne y del Ródano al Rhin, que llevan la arcilla, la piedra y las maderas de la Suiza y de la Selva Negra.

Un gran puerto de desembarco servido por gruas y surcado como el almacén por numerosas vias férreas, permite el desembarque simultáneo de los barcos y de los trenes de maderas.

Compartimientos con sierras al vapor, cobertizos, depósitos, oficinas y los mil accesorios de esas obras gigantescas, completan el conjunto y forman una pequeña poblacion improvisada junto al rio.

La compañía del ferro-carril del Este se ha encargado de los cimientos, y la administracion de puentes y calzadas del gran ducado de Baden de la superestructura.

El puente tendrá 233 metros entre los estribos, y se compondrá de tres grandes aberturas de 60 metros; tendrá cuatro machones en el Rhin y dos estribos. Todos los machones serán de piedra de sillería y de granito. La parte superior del tablero, de hierro.

Estas diversas condiciones se estipularon de comun acuerdo por una comision internacional compuesta de los ingenieros mas distinguidos de entrambos paises. Por el convenio se estipula de los gastos, que se han calculado en seis millones de francos, serán sufragados por los dos paises á partes iguales.

Las obras se comenzaron á fines de setiembre, y ya está concluida la mitad del trabajo de los andamios.

L.

LA FERIA DE LAS VANIDADES

POR W. THACKERAY.

(Continuacion).

Amelia al salir de Brompton dejó en recuerdo á la jóven todos los muebles que habia en la casa, únicamente se llevó los cuadros que estaban á la cabecera de su lecho, y su viejo piano cuyos sonidos eran muy sordos por causa de la estrechez del instrumento; pero por nada en el mundo se habria desprendido de él. Aun era niña cuando comenzó á tocarle; luego era un regalo de sus padres, y cuando su familia se encontró en la miseria, fué salvado del naufragio, y le fué regalado por segunda vez.

El mayor experimentó una grande alegría cuando al examinar la nueva casa de José, vió llegar de Brompton en medio de los cofres el viejo piano; Amelia quiso colocarle en su cuarto, bonita pieza del segundo piso que tocaba á la de su padre.

— Mucho me complace el ver que le habeis conservado, exclamó Dobbin; temia que no os hubiérais acordado de él.

— Es quizá la cosa que mas quiero en el mundo, respondió mistress Osborne.

— ¿De veras, Amelia? preguntó el mayor.

El mayor que le habia comprado, aunque jamás habia dicho nada, no podia suponer que Amelia se engañara hasta el punto de creer que le debía á otro.

Ya iba á dirigirla la pregunta que hacia tanto tiempo tenia en los labios, cuando dijo Amelia:

— ¿Qué tiene eso de extraordinario? ¿No me le dió él?

— ¡Ah! Ignoraba... exclamó Dobbin sin poder concluir su frase.

Amelia no paró al pronto su atencion en el aire triste de Dobbin; pero despues recordando todo esto y reflexionando bien, adquirió la dolorosa certidumbre de que era William y no Jorge, como ella se figuró, quien la habia dado aquel piano.

Habia querido y conservado como una reliquia de Jorge, como un tesoro, un regalo de otro. ¡Cuántas veces, sola delante de su piano, habia pasado largas horas pensando en Jorge! ¡Cuántas veces en esta soledad habia arrancado de aquellas teclas notas melancólicas derramando lágrimas amargas!

Si el piano no provenia de Jorge, ningun valor tenia ya para ella; así, cuando despues de este descubrimiento el viejo Sedley la pidió que tocara, ella le respondió que el instrumento estaba muy desafinado, y que la dolia mucho la cabeza.

Luego, segun su costumbre, se echó en cara su egoismo y su ingratitud, y resolvió dar satisfaccion á William.

Algunos dias despues, cuando estaban en el salon y José se dormia, Amelia dijo con voz débil al mayor Dobbin:

— Tengo que pedir mil perdones.

— ¿Y porqué?

— Por... por lo del piano... Nunca os he dado las gracias... hace muchos años de esto... antes de mi matrimonio... Creia que me venia de otro... Gracias, William.

Y al mismo tiempo le tendió la mano; pero el corazon de la pobre mujer estaba muy angustiado, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

William no pudo contenerse mas.

— ¡Amelia! ¡Amelia! exclamó; yo compré ese piano para vos, porque os amaba entonces, como os amo ahora: al fin debo decirlo... creo que mi amor nació el primer dia que os vi, cuando Jorge me llevó á vuestra casa para que conociera á su futura esposa. Entonces érais una niña; teniais un vestido blanco, y muchos rizos adornaban vuestra cabeza de ángel. Llegasteis cantando; aun me parece que os estoy viendo; por la noche fuimos al Vauxhall; desde aquel momento no he pensado mas que en una mujer en el mundo, y esa mujer sois vos. Durante los doce años que han trascurrido, creo no haber pasado una hora entera cada dia sin pensar en vos. Vine á decirlo antes de mi marcha á la India; pero entonces os hallé tan indiferente y tan fria, que no tuve valor para declararme; mi presencia ó mi marcha era para vos la misma cosa.

— ¡Ah! soy una ingrata, exclamó Amelia.

— No, no; una indiferente, continuó Dobbin con desesperacion. Pero ¿con qué derecho puedo exigir yo otros sentimientos en una mujer? Ahora sé á qué atenerme. Vuestro descubrimiento sobre el piano os ha desgarrado el corazon; sentis que os le haya regalado yo, que no haya sido Jorge... ¡Ah! Perdonadme un momento de olvido, sin el cual no habria hablado jamás como acabo de hablar; perdonad un minuto de extravió al hombre que sufre hace tantos años.

— Ahora sois vos quien está bien duro y bien cruel, dijo Amelia animándose; Jorge continúa siendo mi marido en la tierra como en el cielo; ¿cómo podria yo amar á otro? En este instante le pertenezco aun como la primera vez que me habeis visto, mi querido William. El me ha hecho conocer todo lo bueno y generoso que sois; él me ha enseñado á amaros como un hermano. Y luego, ¿no habeis hecho cuanto habeis podido por mí y por mi hijo? ¡Vos, mi mejor amigo, mi protector eterno!... ¡Ah! si hubiérais venido algunos meses antes, me hubiérais ahorrado la penosa separacion que he sufrido. He estado á punto de morir; pero ¡ay! os hallábais ausente, y aunque mis votos y mis plegarias os llamaban entonces, me separaron de mi hijo... le arrebataron á su madre... William, ¿qué corazon tan noble el de mi hijo; continuad siendo amigo suyo y mio tambien!...

Su voz se apagó al pronunciar estas últimas palabras, y Amelia reclinó su cabeza sobre el hombro de Dobbin.

El mayor, rodeándola con sus brazos, la estrechó tiernamente.

— Siempre me hallareis lo mismo, mi querida Amelia, la dijo; no os pido mas que vuestro afecto; permitidme que os vea á menudo.

— Sí, á menudo, dijo Amelia.

De este modo le fué permitido á Dobbin verla en toda libertad con esperanzas para lo venidero.

LVI.

FAVORES DE LA FORTUNA.

La fortuna comienza á ser propicia para Amelia. Ya la tenemos fuera de aquella humilde condicion en que ha permanecido tanto tiempo. Por fin va á entrar en una esfera mas elevada y brillante. No será sin embargo una sociedad de tanto tono como aquella en que penetró Rebeca; pero si será en un círculo que abriga las pretensiones de seguir la moda. José tenia por amigos varios de los ex-funcionarios de las tres presidencias de la India. Por eso eligió su habitacion en el barrio anglo-indio, cuyo centro es Moira-Place, pues sus rentas no le permitian habitar en la plaza misma.

José se habia contentado con una casa de segundo orden en Gillepsie Street, que habia adornado lujosamente. No obstante, su tren de casa era modesto.

Mistress Osborne comenzó á recibir muchas visitas. Lady Dobbin y sus hijas la felicitaron por su cambio de posicion, y miss Osborne fué á verla en su carruaje adornado de blasones. El rumor público atribuia á José grandes riquezas, y el viejo Osborne consideraba que era muy natural que Jorge heredase la fortuna de su tio como debia heredar la suya.

Amelia recibió con inmenso placer la visita de miss Osborne. Veia que tendria relaciones mas frecuentes con su hijo, y con efecto, permitieron al jóven que fuese mas á menudo á verla. Dos ó tres veces por semana comia con su madre, y ejercia en su casa igual dominacion que en Russel-Square.

Sin embargo, la presencia del mayor Dobbin le inspiraba cierto respeto; Jorge no podia menos de admirar la sencillez de su amigo, su igualdad de humor, la variedad de su instruccion, su inalterable amor á la verdad y á la justicia. Nadie segun él podia compararse con el mayor, y experimentó hacia él una ternura espontánea é instintiva. Se le veia frecuentemente con su padrino paseándose por el Parque, y oyéndole hablar un poco de todo.

William hablaba á Jorge de su padre, de la India, de Waterloo, de todo, excepto de él, y le queria como que era hijo de Amelia; esta sentia un gozo inefable al oírle hablar de su hijo, y sus ojos miraban entonces á Dobbin con una ternura extraordinaria.

Jorge hacia á su madre mil elogios del mayor.

— Le quiero, la decia, porque está al corriente de todas las cosas, y porque no se parece al viejo Veal, que pasa el tiempo lisonjeándose á sí mismo con frases de media legua. Dobbin lee el latin como el inglés, y el francés lo mismo, y cuando salimos juntos, me cuenta cosas de papá y nunca nada de él. Sin embargo, he oído decir al coronel Blucker, en casa del abuelo, que era el oficial mas valiente del ejército, y que se ha distinguido en muchas ocasiones.

Así se establecia entre Jorge y el mayor un afecto recíproco y mucho mas grande que el que existia entre el tio y el sobrino. Jorge habia estudiado un modo de hinchar sus mejillas, de meterse las manos en los bolsillos y de repetir las expresiones de José de un modo tan exacto, que todos se morian de risa; sin embargo, las reprimendas de Dobbin y las súplicas de Amelia le contenian un poco en estas burlas.

El digno funcionario habia echado de ver que Jorge se divertia á su costa; así es que se hallaba incómodo en su presencia, y trataba de hacerse mas imponente con la solemnidad de su aire y sus maneras cuantas veces se hallaba en presencia de Jorge.

José Sedley llevaba una existencia noblemente ociosa, como convenia á una persona de su alta importancia. Entró á formar parte del Club oriental donde pasaba las mañanas en compañía de sus amigos de la India, donde comia ó tomaba los convidados que llevaba á su casa.

Amelia hacia los honores, y no hay para que decir que en los banquetes apenas se hablaba mas que de la India.

Entre las señoras que concurrían á casa de José, no habia una que no dijera que Amelia era una persona encantadora, y los hombres hacian mil elogios de su bondad sencilla y natural, y de la franqueza de sus maneras.

José se habia hecho presentar en la corte como debe hacer todo buen súbdito; y desde aquel momento abandonando sus tendencias liberales, se hizo tory y se llamó una de las columnas del Estado, tanto que no se dió por contento hasta que hubo presentado á su hermana en la corte.

LVII.

DOS LÁMPARAS QUE SE APAGAN.

Apenas habia llegado á su término el luto de mistress Sedley, cuando todos los que rodeaban á M. Sedley conocieron que el fin del buen anciano estaba próximo.

El anciano no se encontraba bien sino cuando tenia á su hija á su lado, y esta se habia consagrado á dulcificar los últimos momentos de su padre. Habia mandado poner su cama al lado de la puerta que daba á la habitacion del anciano, y corria al menor ruido, al menor movimiento que hacia el pobre inválido en su lecho de dolor.

— ¿No parece un rayo de sol que penetra silencioso en el cuarto del enfermo? se preguntaba Dobbin cuando la veia subir al aposento de su padre.

El viejo Sedley, enternecido en sus últimos momentos con tanto amor filial, olvidó las quejas secretas que alimentaba contra su hija, las culpas de que la habia acusado con su mujer repetidas veces durante sus largas horas de insomnio, cuando la acriminaban que lo sacrificaba todo á su hijo.

— Amelia, la dijo un dia, he sido muy injusto, muy ingrato contigo.

Y al mismo tiempo la alargaba una mano fria y descarnada.

Y Amelia, arrodillada al pié de la cama, elevaba su alma á Dios en tanto que el anciano oraba por ella y estrechaba su mano.

Amigo lector, ojalá halleemos nosotros en un momento igual, un corazon como aquel para que reuna sus plegarias con las nuestras.

Llegó la hora de la muerte; y aquel dia el mundo siguió entregado á la corriente de sus placeres y de sus

negocios sin echar de ver que el viejo Sedley faltaba entre la muchedumbre. Ya se acabaron para él las luchas de la vida; no le quedaba mas que tomar su puesto en un rincón solitario y desconocido del cementerio de Brompton al lado de su fiel esposa.

José, Jorge y el mayor Dobbin acompañaron sus restos al campo del reposo en un coche de luto. José se fué á pasar algunos días en Richmond, y Amelia cumplió con su deber hasta lo último, como tenia de costumbre. Estaba mas triste que abatida, y en su pena habia algo de solemne. Pedia á Dios que la diera un fin tan apacible y sereno como el del anciano, tanta sumision á los decretos de la Providencia como él habia demostrado en sus últimas palabras que respiraban la fe, la resignacion, la confianza mas completa en su Juez soberano.

Si por la misma época nos trasladamos á Russell-Square, hallaremos al viejo Osborne diciendo á Jorge:

— ¿Queréis saber lo que pueden el mérito, el trabajo y la inteligencia en los negocios? Comparad por una parte lo que he hecho yo, mi crédito entre los banqueros, y por otra las bonitas especulaciones de M. Sedley, que han finalizado por una quiebra. Y sin embargo, hace veinte años se hallaba en mejor posición que la mia, tenia diez mil libras esterlinas mas que yo.

Excepto los miembros de esta familia y los Clapp, que fueron de Brompton á dar el pésame, nadie en el mundo se acordó del difunto Sedley.

Cuando el viejo Osborne oyó al coronel Blucker hablar del mayor Dobbin como de un oficial distinguido, se mostró incrédulo y desdeñoso; pero otras personas de su sociedad repitieron las mismas alabanzas de sir William Dobbin. Por último, su nombre figuró en la lista de las personas recibidas en los salones aristocráticos, y esta particularidad causó un efecto prodigioso en el viejo aristócrata de Russell-Square.

Dobbin y el abuelo de Jorge se veian con frecuencia. En una de sus entrevistas, examinando las cuentas que le presentaba el mayor y que comprendian los gastos del niño y de la madre, el viejo Osborne concibió una sospecha que le causó mucha alegría; creyó reconocer que Dobbin habia sacado de su bolsillo la mayor parte del dinero con que habian vivido la pobre viuda y su nieto.

Osborne le preguntó sobre esto, y Dobbin que no sabia mentir, se cortó y al cabo lo confesó todo.

— La boda fué obra mia, le dijo.

Al oír estas palabras el rostro del viejo se oscureció, pero Dobbin prosiguió diciendo:

— Pensé que mi amigo se habia adelantado demasiado para poder retroceder sin vergüenza, lo que además habria causado la muerte de mistress Osborne. En vista de esto, cuando ella se encontró sin recursos, yo me creí en el deber de ayudarla con lo que tenia.

— Mayor Dobbin, dijo M. Osborne frunciendo el ceño y poniéndose muy encarnado; mucho daño me habeis hecho; pero de todos modos os diré que sois un hombre honrado. Aquí teneis mi mano; lejos estaba de pensar que mi carne y mi sangre vivian por vos.

Dobbin confuso al ver descubiertas sus astucias caritativas, estrechó la mano que le presentaban. Luego trató de destruir las preocupaciones que conservaba Osborne respecto de su hijo.

— Era un corazón noble, le decia; todos le queriamos en el regimiento, y no hay cosa en el mundo que no hubiéramos hecho por él. En cuanto á sangre fria y á valor, no tenia rival; en una palabra, era un soldado modelo.

Dobbin contó entonces al anciano ciertas historias que ponian en evidencia el valor y la perfeccion de su hijo, y terminó diciendo:

— Jorge es su vivo retrato.

— Sí, exclamó el abuelo; á veces tiemblo cuando le veo.

Una modificacion evidente se operaba en el carácter del viejo Osborne; convidó á comer al mayor con frecuencia, y se puso en relaciones con José Sedley.

En un banquete en el que figuraban Dobbin y José, M. Osborne hizo al mayor muchas preguntas sobre Amelia, asunto que inspiraba siempre una gran elocuencia al mayor Dobbin. Este habló pues á M. Osborne de los padecimientos de aquella infeliz mujer, de su afecto sin límite á su marido, cuya memoria era todavía para ella un culto sagrado, de la ternura con que habia asistido á sus padres, y por último, de todas las inspiraciones de su noble corazón.

— Muy difícil os seria formaros una idea de los tormentos que ha sufrido, decia Dobbin con voz trémula; por mi parte, abrigo la firme confianza de que al cabo vencereis vuestras injustas preveniciones. Si os llevó vuestro hijo os ha dado el suyo, y por grande que sea vuestro cariño á Jorge, nunca podrá igualar al que le tiene ella.

— Sois un buen hombre, William, le dijo M. Osborne por toda respuesta.

Hasta entonces no se le habia ocurrido la idea de que la pobre viuda hubiese podido experimentar algun dolor en separarse de su hijo; además, viéndole en tan brillante posición, habia creído que debia darse por contenta.

La reconciliacion parecia estar próxima, y el corazón de Amelia comenzaba ya á latir violentamente al terrible pensamiento de una entrevista con el padre de Jorge.

No obstante, esa entrevista no debia tener efecto. Las fuerzas morales del viejo Osborne entraron en rápida decadencia. Llamó á sus hombres de negocios, para modificar sin duda su testamento. El médico le encon-

tró muy mal, y le ordenó una sangría y un viaje; pero el anciano no se sometió á estas prescripciones.

Un día, como no bajara para almorzar, un criado subió á su gabinete de tocador y le halló extendido en el suelo con un accidente. Llamaron á miss Osborne, vinieron los médicos y recurrieron á la sangría y á las ventosas. Osborne recobró un poco el conocimiento; pero no pudo recuperar el uso de la palabra, y murió al cabo de cuatro días.

Los médicos dejaron el puesto libre á los sepultureiros; todos los balcones de la fachada de la casa se cerraron y Bullock acudió de la Cité apresuradamente.

— ¿Cuánto le ha dejado? preguntó; seguro que no la habrá dado la mitad de su fortuna; la habrá repartido por partes iguales.

Asunto era este que, en efecto, debia alarmarle; pero ¿qué habia querido decir el moribundo cuando dos ó tres veces se habia esforzado en vano para hablar? Sin duda deseaba ver á Amelia, y antes de dejar este mundo queria ponerse bien con la fiel esposa de su hijo. ¡Oh! Así debió ser; pues su testamento contenia la prueba de que al fin se habia concluido aquel odio que la tenia hacia tanto tiempo.

Después de su muerte hallaron en su bata la carta que su hijo le habia escrito la víspera de la batalla de Waterloo.

Al abrir el testamento, hallaron que dejaba la mitad de su fortuna á Jorge, y lo restante por partes iguales á sus dos hijas. M. Bullock podia continuar los negocios en beneficio comun ó sacar su parte de la casa comercial. Jorge debia pagar una renta de quinientos lises á su madre « la viuda de mi querido hijo Jorge Osborne, » habia escrito el anciano de su puño y letra.

Además, Amelia quedaba autorizada para llevarse á su hijo.

El viejo designaba por albacea al mayor Dobbin « el amigo de su querido hijo. »

Y añadió luego:

« En agradecimiento á la noble asistencia que prestó á mi nieto y á la viuda de mi hijo, socorriéndoles con sus propios recursos, le suplico acepte la suma necesaria para comprar un diploma de teniente coronel, si no prefiere emplearla en otra cosa. »

Cuando supo Amelia que el anciano en sus últimos momentos habia olvidado todas las preveniciones que contra ella tenia, le agradeció en el alma las disposiciones que habia tomado en su favor; pero sus transportes fueron excesivos cuando supo que Jorge le seria devuelto y que esto se lo debia á William; que en fin, la generosa asistencia del mayor la habia sostenido en las terribles pruebas de la pobreza.

Entonces cayó de rodillas, y orando con fervor imploró las bendiciones del cielo sobre tan noble y generoso amigo.

Pero ¿era todo gratitud en esta expansion de reconocimiento? — Apenas una idea mas tierna se presentaba á su espíritu, cuando al punto la sombra de Jorge saliendo del sepulcro parecia que se alzaba delante de ella y la decia: « Me perteneces, me perteneces á mí solo, ahora y siempre. »

William conocia muy bien los sentimientos de Amelia; ¡ay! ¿no habia pasado en adivinarlos toda su vida?

Cuando se hizo público el testamento de M. Osborne, era un gusto ver el movimiento de alza que tuvo lugar en favor de Amelia.

Los amigos de José, hombres y mujeres, comenzaron á experimentar un interés súbito por la pobre Amelia, hasta entonces tan desdeñada. Hasta José que la trataba como una criatura insignificante que alimentaba y protegía como por deber, comenzó á tener con ella y con su sobrino toda clase de consideraciones.

Miss Osborne se retiró á Cheltenham con dos criados, pues no quiso aceptar la oferta que le hicieron para que permaneciese en Russell-Square.

Tampoco Amelia se fué á instalar en aquella habitacion sombría; por consiguiente, se encerraron los muebles que la adornaban; los libros se encajonaron cuidadosamente hasta que Jorge pudiera hacer uso de ellos, y la vajilla fue enviada á casa de los banqueros para que la guardaran para la misma época.

Apenas habia transcurrido el tiempo que la etiqueta impone ordinariamente á los dolores humanos, cuando mistress Osborne se vió rodeada de esa sociedad elegante y escogida que no comprende el infortunio en la tierra. Cada una de aquellas señoras tenia parentesco con alguno de los lores del reino, aunque sus maridos eran todos negociantes de la Cité. Amelia no se encontraba á gusto en medio de tales personas, y sufrió un verdadero tormento las dos veces que tuvo que aceptar un convite de M. Bullock.

Esa sociedad egoista con apariencias elegantes y finas no podia convenir á la dulce Amelia; así es que experimentó una verdadera satisfaccion cuando la aconsejaron un viaje al extranjero.

LVIII.

LAS ORILLAS DEL RHIN.

Han pasado algunas semanas después de los acontecimientos señalados en el capítulo anterior. Por una hermosa mañana de verano, después de haberse cerrado el Parlamento, cuando la alta sociedad huye de Londres, unos por placer, otros por motivos de salud, el vapor de Rotterdam acababa de salir de su estacion en las gradas de la Torre, llevándose una sociedad selecta de fugitivos ingleses.

La cubierta estaba esmaltada de niños con megillas floridas, de amas de cria, de señoras con sombreros de color de rosa y trajes de verano, de caballeros con gorras de viaje, casaquillas de lienzo, y bigotes que comenzaban á despuntar para tener un aire mas respetable en el extranjero.

El regimiento de las cajas de sombreros, cofres y maletas presentaba un frente de batalla de los mas formidables.

Los lacayos, después de haber instalado á sus amos respectivos en sus camarotes, se reunian en grupos y conversaban fumando.

— ¿De quién es ese carruaje? preguntó uno de ellos que llevaba botas de campana y pendientes á otro que llevaba pendientes y botas de campana.

— De Kirsch, respondió el lacayo.

Kirsch llegó en aquel momento para dar las noticias que sus compañeros deseaban. Les dijo que el carruaje pertenecia á un ricacho de Calcuta y de la Jamaica en cuyo servicio viajaba él entonces.

En aquel instante, un joven que acababa de escalar la muralla formada por las cajas y los cofres, habia saltado encima de un carruaje y habia seguido de uno en otro hasta llegar al suyo, en el que penetró por la portezuela con gran aplauso de los espectadores.

— Tendremos una hermosa travesía, señorito Jorge, dijo Kirsch haciendo un saludo con su sombrero galoneado.

— Dejarme en paz con la travesía y decidme dónde están las galletas.

Este joven de voz imperativa y que sentia el hambre á pesar del buen almuerzo que habia hecho tres horas antes en Richmond, era nuestro amiguito Jorge Osborne.

Su tío José, su madre y otro caballero que nunca se apartaba ya de ellos estaban á popa, y los cuatro comenzaban su viaje de verano.

José sentado bajo la tienda que acababan de levantar para él, se encontraba enfrente del conde de Bareares y de su familia. Le pareció que habian rejuvenecido los jóvenes esposos desde aquel año célebre de 1815 en que José se acordaba de haberlos visto en Bruselas; José habia hablado mucho de ellos considerándolos como amigos íntimos, y así es que ahora llamaban toda su atención.

— Os interesais mucho por esas personas, le dijo Dobbin con un tono burlon que hizo sonreír á Amelia.

Mistress Osborne llevaba un sombrero de paja con cintas negras y un vestido de luto. El movimiento del buque y los placeres del viaje, al distraerla del recuerdo de sus penas, daban á su fisonomía una expresion de alegría y de contento.

— ¡Qué cielo tan hermoso! exclamó entonces Amelia con una voz conmovida; creo que tendremos un buen viaje.

Efectivamente, después de una travesía muy feliz, el vapor llegó á Rotterdam, donde nuestros viajeros tomaron otro vapor que los llevó á Colonia, donde saltaron á tierra sin novedad alguna.

José Sedley se puso muy hueco al ver que los periódicos de Colonia le anunciaban de esta manera: Su Señoría lord de Sedley.

Es verdad que habia tenido la precaucion de traer el uniforme de corte, y habia instado mucho á Dobbin para que no dejara de tomar las insignias de su grado. Tenia la intencion de presentarse en las cortes extranjeras para ofrecer sus respetos á los soberanos de los países que debia honrar con su visita.

En todos los países donde se detenía la pequeña caravana, José se apresuraba á dejar su tarjeta y la del mayor en casa del cónsul inglés. Llevaba un diario exacto de su viaje, en el que consignaba con escrupulosa exactitud los defectos ó las buenas condiciones de las fondas en que paraba.

Amelia disfrutaba de una felicidad pura; Dobbin llevaba su album, y se admiraba siempre en la contemplacion de los dibujos que ella hacia. ¡Hasta entonces nunca habia sabido lo que eran los elogios y la admiracion! Sentada sobre cubierta dibujaba las rocas ó los castillos que veia en las orillas del río, ó bien iba en una mula á visitar antiguas fortalezas ruinosas, escoltada de sus dos edecanes Jorge y Dobbin.

En este viaje Amelia comenzó á gozar placeres desconocidos hasta aquel tiempo para ella; entonces fué iniciada por primera vez en las maravillas de Mozart y de Cimarosa. El mayor se quedaba extasiado al ver el efecto que las óperas producian en Amelia. Un mundo nuevo se revelaba á ella en medio de aquellas suaves y melodiosas armonías. ¿Cómo las obras maestras de Mozart podian dejar insensible un alma tan delicada como la suya? La ternura de ciertos pasajes de *Don Juan* habia llenado su alma de emociones tan deliciosas, que á veces se preguntaba por la noche en el recogimiento de la oracion si no era pecado el sentir un goce tan vivo oyendo aquellas puras armonías.

El mayor, á cuyas luces teológicas recurría en tales ocasiones, le decia, que por su parte, aquella felicidad interior que le procuraban las obras maestras del arte ó de la naturaleza, no le inspiraba mas que gratitud á Dios, y que para él, el placer de escuchar tan bella música se parecia al que experimentaba contemplando las estrellas del cielo ó la vegetacion de la tierra.

Aquel período fué el mas dichoso de la vida de Amelia. Sin embargo, ¿quién de nosotros puede formarse una justa idea de su propia felicidad; y quién de nosotros puede detenerse y decir: «Estoy ahora en el colmo de mis votos, toco á la cúspide de las felicidades humanas?»

Sea como quiera, cada uno de nuestros dos viajeros se consideraba entonces muy dichoso. Jorge no les dejaba un punto; pero el mayor era quien llevaba el pañuelo de Amelia, quien cuidaba de todo en sus excursiones.

Mientras el mozuelo corría y saltaba por todas partes, nuestros amigos se sentaban en la yerba, el mayor fumaba un cigarro con una sangre fría imperturbable y Amelia dibujaba.

Hallábanse entonces en la bonita y reducida capital del gran ducado de Poupernicle, la misma población donde sir Pitt Crawley había dado sus primeros pasos en la diplomacia.

El mayor y sus amigos se habían hospedado en el hotel de los Príncipes, el mejor que había en la ciudad.

La residencia en este punto les pareció tan agradable, que resolvieron pasar allí el otoño.

Apenas comenzó la época de las reuniones, Amelia eligió su día de recepción distinguiéndose por el modo gracioso y natural con que hacía los honores de su casa. Tomó lecciones de francés y de canto, y su voz era tan agradable y tan suave, que el mayor, que tenía su aposento enfrente del de Amelia, abría sus ventanas para oír las lecciones.

Dobbin instruía al niño; leía con él los *Comentarios de César* y le hacía repasar las matemáticas, y todas las tardes iban á paseo.

José comenzó á mirar con buenos ojos á la condesa Fanny de Butterbrod, señora de alto rango, pero que no poseía más caudal que doscientas cincuenta libras anuales. Fanny decía á todo el mundo que pedía al cielo como la mayor felicidad el poderse llamar hermana de Amelia.

A todo esto hubo grandes regocijos en la corte para celebrar el matrimonio

del príncipe heredero de Poupernicle con la princesa Clementina de Homburgo.
(Se continuará.)

Nueva capilla

DE LA CONGREGACION DE LOS ARTISTAS EN EL CEMENTERIO DE NÁPOLES.

La congregacion de los artistas profesores de pintura, escultura y arquitectura de Nápoles ha visto levantar, en la bóveda sepulcral que posee en el cementerio de esa ciudad, una capilla que es una fundacion piadosa debida á Luca Giordano, uno de sus miembros.

S. A. R. el conde de Siracusa, hermano del rey de Nápoles, que consagra sus ocios á la escultura ejecutando obras con que podrían honrarse muchos artistas, ha aprovechado la ocasion de la inauguracion de la nueva capilla para ofrecer á la congregacion un grupo trabajado por sus manos, y que debe servir de adorno al santuario.

Este grupo de mármol que está sobre el altar de la capilla, y que representa á Jesus rompiendo las cadenas de un esclavo á quien da libertad, hace el mayor honor al cincel del príncipe, cuya galería contiene otras muchas obras notables por diversos títulos.

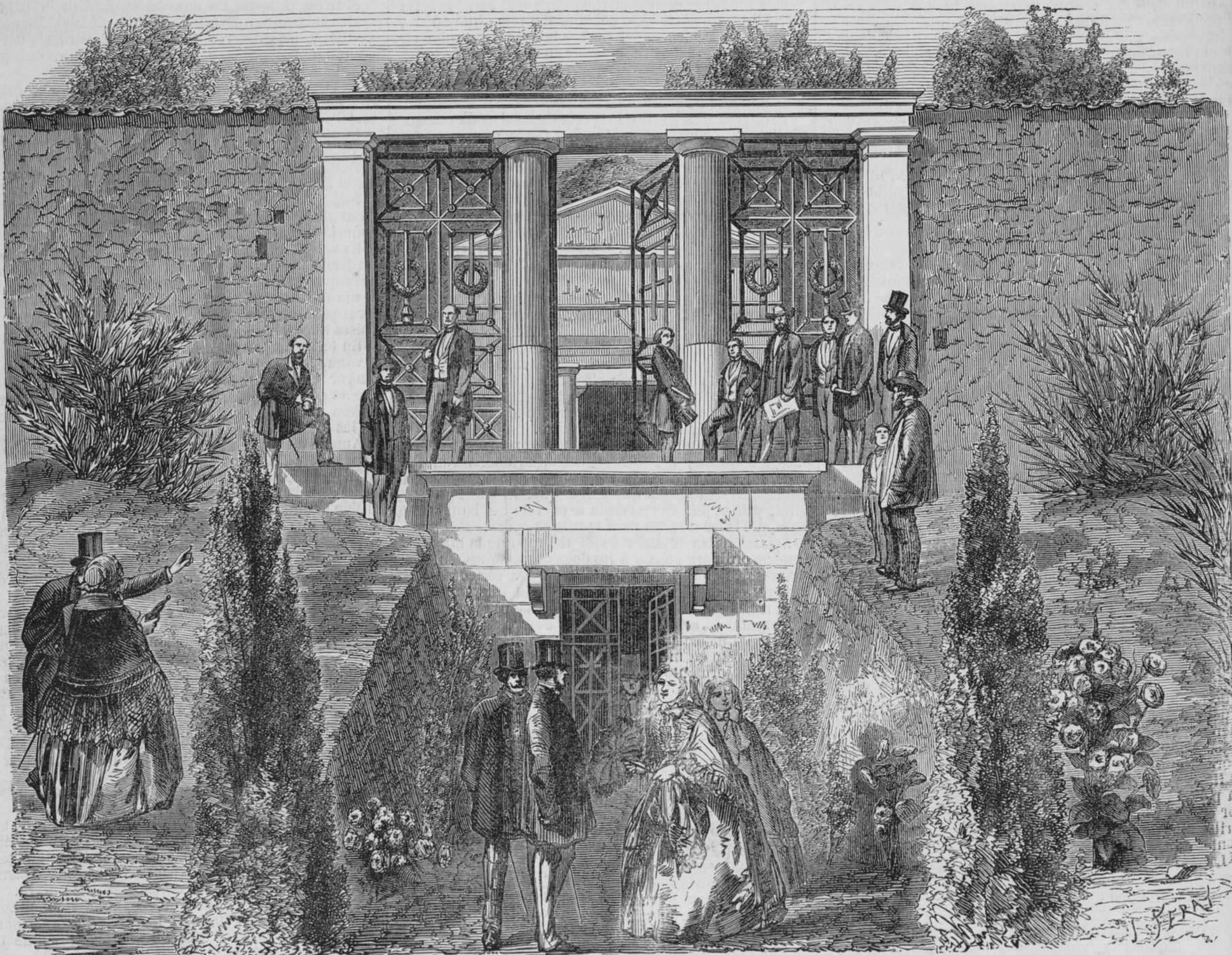
Los asuntos de los grabados que publicamos aquí son la reproduccion de hermosas pruebas fotográficas hechas en los talleres de M. Alfonso Bernoud, fotógrafo de la corte de Nápoles.

Por el grabado podrán juzgar nuestros lectores las cualidades que distinguen la obra del conde de Siracusa, á cuya inauguracion asistieron los pintores Mancinelli y Morelli, el grabador Alvisio y el arquitecto Genovese, director de las excavaciones de Pompeya, con un crecido número de personajes. X.



JESUS ROMPIENDO LAS CADENAS DE UN ESCLAVO,

Grupo de mármol ejecutado por S. A. R. el conde de Siracusa, para la nueva capilla de la Congregacion de los artistas en el cementerio de Nápoles.



NUEVA CAPILLA Y BÓVEDA SEPULCRAL DE LA CONGREGACION DE LOS ARTISTAS EN EL CEMENTERIO DE NÁPOLES.

Sonda marítima de M. Le Coentre,

EMPLEADO EN EL MINISTERIO DE MARINA DE FRANCIA.

En la navegacion es preciso poder darse cuenta siempre de dos cosas importantes: del cielo y del fondo del mar. Hasta hace pocos años se empleaba para sondear el mar un simple pedazo de plomo de un peso determinado atado á una cuerda que corria en tanto que el plomo no tocaba al fondo. Despues se media la cuerda sumergida, y así el navegante podia conocer la profundidad de las aguas en donde se hallaba y la naturaleza del fondo, arena, peñas ó fango.

Este sistema un poco primitivo, en uso hacia muchos siglos, se reemplazó oficialmente á bordo de los buques de la marina francesa en el año de 1850, por un nuevo aparato imaginado por M. Le Coentre, ex-oficial de la comisaria y hombre experimentado en la ciencia náutica.

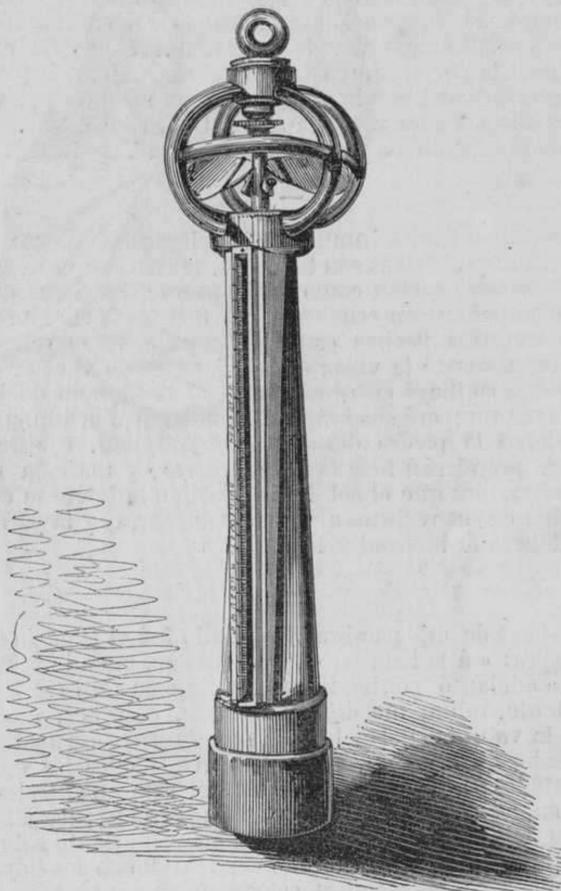
El sondeo es una de las operaciones mas importantes que se hacen á bordo, sea que se trate durante la noche (sobre todo en las cercanías de las costas) de fijar la posicion del buque, sea que se recurra á ella de dia, por un tiempo cubierto, cuando la ausencia del sol no permite tomar la altura meridiana. Sobre todo al acercarse á tierra, la operacion es de tal gravedad que dependen de algunas pulgadas de agua mas ó menos la seguridad del buque, la existencia de la tripulacion y la responsabilidad de los capitanes. Sondeos mal hechos, ejecutados con desuido, los menores errores involuntarios han producido á veces funestas consecuencias.

Aunque durante mucho tiempo no se ha empleado mas que el pedazo de plomo susodicho, no es menos cierto que ese sistema jamás ha podido dar resultados de tal precision que se pudiera afirmar el conocimiento exacto de los fondos. Se conocian sí, pero imperfectamente. Mas aun; la operacion de que se trata, perjudicaba á veces á las maniobras, pues era preciso siempre disminuir la velocidad de la marcha del buque y aun detenerla, y huir las costas, lo que solia ser contrario á la táctica de una expedicion; pues se pueden cometer errores en creer que se ha tocado al fondo, en las marcas de la cuerda, etc.

El aparato de M. Le Coentre evita estos inconvenientes y proporciona ventajas considerables en la operacion del sondeo.

Por eso todos los informes remitidos por los oficiales comandantes que desde 1841, época en que el autor comenzó las experiencias á bordo de la fragata *l'Africaine*, señalaron los excelentes resultados del aparato en cuestion. Vamos á dar pues una descripcion de esta nueva sonda que el adjunto dibujo acabará de hacer comprender en todas sus partes.

Consiste en un cono truncado hueco de cobre-bronce, de una altura de 50 centímetros, de un diámetro inferior de 15 centímetros, y superior de 5 centímetros.



SONDA INVENTADA POR M. LE COENTRE.

Es muy grueso, y en uno de los lados se halla un espejo que permite observar. Un tornillo interminable, que es el eje del cono, dirige una aguja que conduce sobre un largo de 300 milímetros.

El tornillo pasa de la parte superior del cono, y tiene unidas dos aletas perpendiculares una á otra y cuya inclinacion varia segun las divisiones mayores ó menores que se quieran obtener de la escala graduada, correspondiente á un metro ó á una braza, á fin de encontrar en la aguja las mismas indicaciones por metro ó por braza. Las aletas están protegidas del contacto de los cuerpos extraños por una cubierta colocada inmediatamente debajo de un anillo destinado á recibir la cuerda de la sonda. Todo ello está fijado en un cilindro de plomo que da un peso conveniente para vencer la cohesion de las moléculas del fluido que hay que atravesar. Cóncava inferiormente, esta parte del plomo

está untada de sebo para que saque una muestra de la naturaleza del fondo.

Una vez arrojado al mar el aparato, la resistencia de abajo á arriba que experimenta, hace abrir las aletas que por su posicion vertical comienzan á describir un movimiento de rotacion helicoides; el tornillo obedece en el mismo sentido, y la aguja deja el cero y recorre mas ó menos divisiones de la escala graduada. En cuanto el plomo ha tocado al fondo, todo se detiene; las aletas, el tornillo y la aguja que se fija en un punto del que ya no se mueve, y entonces se sube el aparato á bordo. De este modo se conoce la profundidad de las aguas al mismo tiempo que la naturaleza del fondo.

Las marcas de las agujas han sido siempre exactas, aun cuando se efectúen los sondeos á profundidades de 20, 40 y 45 brazas, y con una velocidad de 8 y 9 nudos, lo que nunca podia tener lugar con el sistema antiguo.

Por último, ni las corrientes sub-marinas ni el mal tiempo han impedido que funcione bien este aparato, que ya antes de su adopcion fué considerado como un servicio eminente hecho á la navegacion por M. Le Coentre.

LEYENDAS AMERICANAS.

ANACAONA

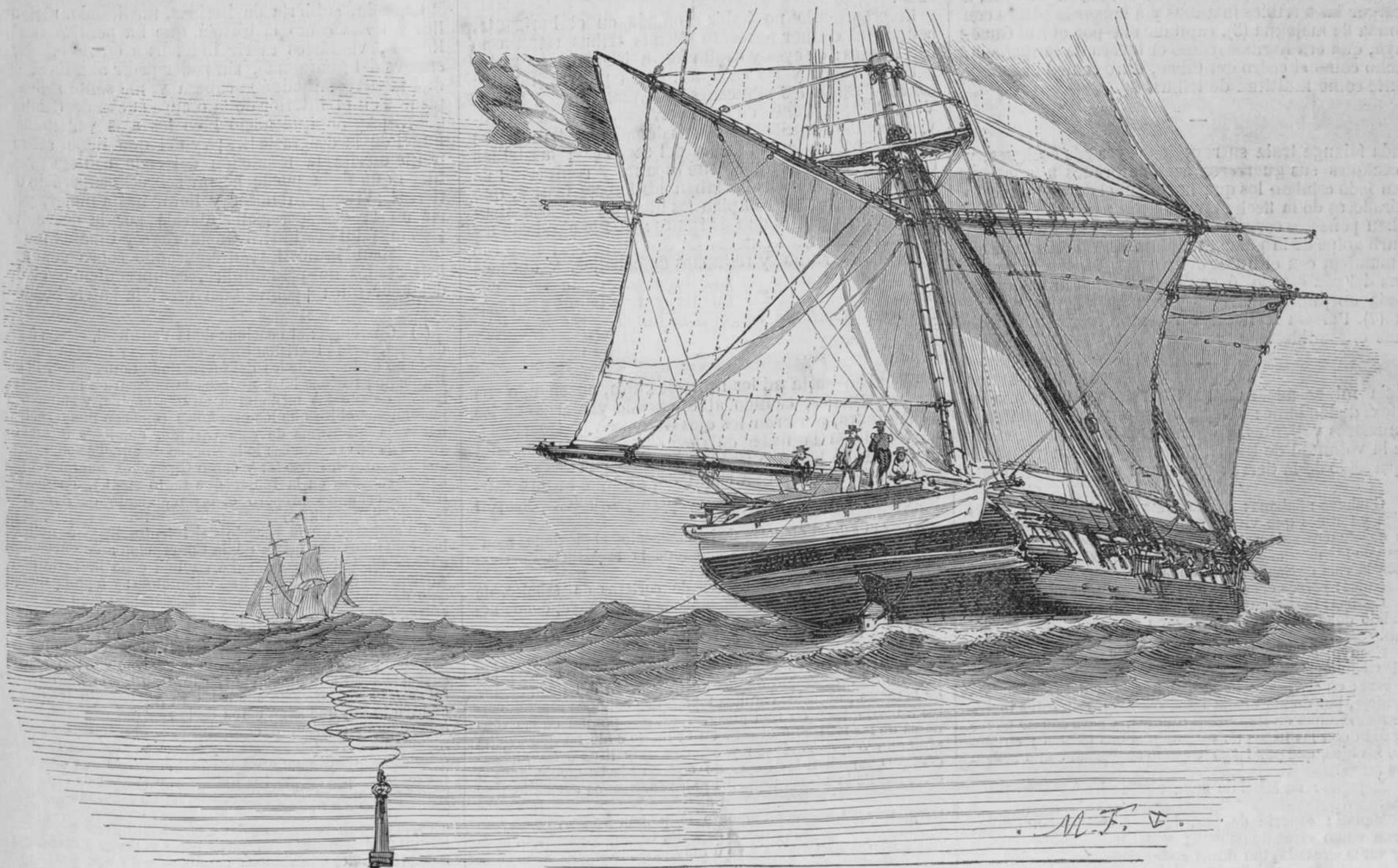
REINA DE XARAGUA.

(Continuacion.)

¡A qué estado de miseria habia reducido á los reyes de Haiti la tiranía del extranjero!... Yo contemplé silenciosa la pompa y vanidad de su grandeza, fétida con la muerte, y desvanecida como el humo por el viento de la adversidad... Comprendí llena de dolor, que la majestad de los reyes era tan efímera como el humo: que su grandeza consistia en la piedad y la virtud de sus corazones, y que la adulacion de los vivos no acompañaba á los poderosos sino hasta el límite del sepulcro, para regar luego la losa que los cubre con la risa y el desprecio de la humanidad... Absorbida en estas tristes ideas, y levantando el corazon, salí de la sala.

Reina de Xaragua, me dijeron al verme en las puertas del palacio Umatex y Guaorocaya; las tribus juran fidelidad y doblan ante tí sus rodillas... el batey (1) es-

(1) Batey: lugar que en sus plazas destinaban para los juegos de la pelota, á que eran muy aficionados, las que hacian de resinas de los árboles, preparándolas de tal modo al fuego, que eran mas elásticas que las de goma que usaban en Europa. En estos lugares tambien formaban sus areitos.



OPERACION DE SONDEO CON EL APARATO DE M. LE COENTRE.

taba sembrado de capitanes, que querian llorar la muerte de Bohechio; pero que aclamaban entusiasmados mi subida al trono, como aclaman siempre los poderes al cacique que sube, y le vuelven las espaldas al cacique que cae... Me coloqué entre ellos: guerreros de las tribus de Xaragua, de Cibao, de Higüey, de Guahava (1), de Sabana, de Amigayahua, de Guacayarima y de los errantes pueblos que viven en la profunda oscuridad de Cazibaxagua, y en las desiertas é impene-trables sierras del Nisao: Vagoniona infunda en vuestros corazones el valor sagrado de los héroes, para libertar el sepulcro de vuestros padres y la tierra de vuestros hijos, que bañais con amargas lágrimas: á la caída de la tarde llevad las tribus á las orillas del Bonaó; allí estará Anacaona, y que el Dios del cielo y de la tierra nos asista.

V.

Como pájaros desbandados se esparcieron los caciques a buscar sus hombres de pelea por las sierras y por las llanuras... la tarde caía: las sombras iban amontonándose en el horizonte aguardando la noche. Como xulos (2) seguian mis pasos Guaorocaya y Umatex. A las primeras horas de la oscuridad estábamos en Bonaó: apenas habia asomado la cabeza en la sabana, cuando principié á divisar por las montañas las caobas (3) encendidas, derramando su luz aromática por el aire. Cada llama era un cacique, las falanges parecian multitud de estrellas, porque los guerreros traian las frentes untadas con las tripas del cocuyo (4). Ni una voz, ni un sonido turbaba el silencio vagoroso de aquella porcion de tribus que se acercaban entre las sombras como montones de oscurísimas nubes preparándose para los combates.

Todas llegaron á la sabana, capitaneadas por Guayacoa, el mas prudente, mas astuto y mas ligero de los caciques, rey de los salvajes de Guahava y Guacayarima; lo seguia el rey Guarionex, apacible señor de las catorce tribus de la llanura, mandadas por el fiero Mayabonex, destructor como el huracan y á quien los guerreros miraban como al dios de las batallas. Luego venian las tribus del Xaragua, cuyo señorío llegaba al gran lago que bebe sus aguas en el mar, y acaba en las altísimas sierras del Nisao, capitaneadas por el gran butio Biautex, cuyo nombre hacia temblar los caribes del Boriquen y del Juna, y cuya inspiracion descendia del cielo: á su lado estaban las tribus de ciguayos, que tiraban con puntas envenenadas, capitaneadas por Umatex, guerrero empedernido, insidioso como la culebra, cuyos ojos eran como fuego, torcidos y crueles; con el pecho cubierto de cicatrices, y cuyos brazos hacian estallar los altísimos pinos, cuando sentian su esfuerzo extraordinario: seguian á este las tribus de las áridas y desiertas espeluncas del Cibao, cuyos capitanes parecian falanges de Guaraguacs en lo ligeros y san-grientos; enseñados por Caonabo á blandir el arco, á descargar las terribles macanas y á lanzar la piedra con la honda de majagua (5), capitaneadas por el leal Guaorocaya, que era hermoso como el lucero de la mañana, derecho como el cedro del Cibao, duro como el ácana y potente como multitud de tribus.

Cada falange traia su rey, los reyes sus caciques, y los caciques sus guerreros acostumbrados á la fatiga. De un lado estaban los que lanzaban el dardo; del otro los tiradores de la flecha envenenada; allá los que arrojaban peñascos corpulentos; mas lejos los que herian al duro golpe de la pesada majana. En un extremo, los que mataban con el hueso del manatí (6), con la aguda espina del pez-espada, ó con la destrozadora hacha estrellada de puntas marinas y agudos dientes de caiman (7). Parecia la llanura un mar interminable de flechas encendidas.

Hacia mí se adelantaron Guarionex, Guayacoa y Biautex, diciéndome: « reina Anacaona, aquí nos tienes con nuestros valientes. » « Caciques, les contesté, cumplase la voluntad de Dios... Guacanajari y su tribu han desaparecido de la tierra: de Cibao no quedan sino mis

guerreros; los ancianos y las vírgenes duermen en el sepulcro. El rey de Xaragua acaba de sucumbir solitario y angustiado por la esclavitud. La patria está amenazada por el hierro impío del extranjero, á quien la enfermedad tiene hoy encerrado en sus fuertes; son pocos sus soldados y luchan con el hambre y la desesperacion escondidos y acobardados en la Vega Real (1). »

« Nosotros somos innumerables, llenos de fuerza y juventud: sus armas son terribles, matan con el fuego, y sus espadas cortan como relámpagos; las fieras que los acompañan son crueles, y sus dientes devoradores; pero nuestras flechas están empapadas en el veneno que les abrasará la vida; el dardo, aguzado al calor de la caoba, estillarà entre sus carnes; la macana de los ciguayos romperá sus cráneos, hendiendo mortalmente sus sienes la piedra despedida del jeniguen. Nuestras manos prenderán fuego en sus eracras, y mañana no necesitaremos que el sol brille, porque la hoguera encendida en sus recintos alumbrará la tierra, y la patria nos deberá la libertad y la vida... »

Después de mis palabras, profundo fué el silencio de los reyes: « á la batalla, » iba á gritar, cuando Biautex se adelantó poniendo sus manos sobre mi cabeza: « Detente, reina, me dijo, y vosotros, caciques, escuchad la voluntad del cielo. » Los capitanes se agruparon alrededor del anciano, que pensativo, fijados los ojos espantados en la luna, aguardaba del Tzmes la inspiracion suprema. El butio encendió la hoguera; los jefes de las tribus, formando círculo, tomaron asiento sobre sus cibucanes (2); el sacerdote echó al fuego las hojas del sacrificio; los caciques colocaron en sus narices el tabaco (3) para aspirar el santo humo. Biautex libó la jicara de los inmortales, repartiendo su licor entre mis guerreros, y estremecido por la inspiracion lanzó á los aires sobre mis pueblos la voluntad del cielo, que él solo podia arrancar de la impenetrable noche de la eternidad.

« Anacaona, reyes de las tribus, capitanes y guerreros, es en vano luchar contra la voluntad de Dios, » dijo con voz sepulcral y llanto de gemidos. « La raza de Vagoniona va á desaparecer de la superficie de la tierra, para renacer de nuevo con su espíritu en otra generacion de hombres, cuando en el hico sagrado de los tiempos añude la mano del destino la señal de la resurreccion. » Mis tribus se estremecieron espantadas y llenas de miedo. Inmóvil Biautex, luchando con la fermentacion del maguey (4), en su éxtasis divino cayó adormecido sobre la tierra; y yo, afanosa, contemplando los reyes y los caciques, y los capitanes embriagados por el humo y el licor del sacrificio, al cielo levanté mi espíritu, anegada en lágrimas, temblando de que aquella fuera mi hora fatal señalada por el cielo.

El crepúsculo no habia asomado en el horizonte, cuando el clamor pavoroso de mis tribus estremeció mis huesos: « reyes y capitanes, á las armas, » grité; pero los reyes y los caciques, como piedras, estaban echados sobre los cibucanes; el Adelantado desde la Vega Real, al frente de sus guerreros, cayó de improviso, como el águila, sobre mis descuidadas tribus. Mis capitanes dormian el sueño del sacrificio; las tribus chocaron entre sí; todo fué espanto y confusion: de las espesas sombras abortaban los feroces brutos, que con aceradas patas rompian los huesos y despedazaban las desnudas carnes de mis indios: al filo agudo de las espadas caian filas enteras de mis flecheros; todo fué desolacion y ruina, y relinchos de caballos, y aullidos de perros y clamor de moribundos... en todas las cabezas entró invencible miedo, y mis tribus destrozadas se entregaron á vergonzosa huida.

Llegaban hasta mí los rabiosos xulos, enseñando sus voraces dientes, cuando al estruendo y alarido de los moribundos, abrieron los ojos Guayacoa y Guarionex para huir de la nube de fuego que los rodeaba, del atropellar de los caballos y de la mordida fiera de los perros insaciables del Adelantado. Aunque tarde é inútilmente, Mayabonex, Guaorocaya y Umatex pelearon

(1) Allí estaba el fuerte de la Concepcion al pié de las montañas de Cibao, y á media legua de la residencia de Guarionex.

(2) Cibucanes: sacos hechos de cortezas de árboles, de hilos de henique, de coco, de maguey ó de cabuya, donde llevaban sus provisiones para la guerra.

(3) En las páginas 130 y 131, cap. II, dice Obiedo en su *Historia general y natural de los indios*: « Tabacos llamaban los caciques é hombres principales á unos palillos huecos del tamaño de un xeme ó menos de la grosura del dedo menor de la mano; en estos cañutos tenian dos cañones respondientes á uno, é todo en una pieza. Y los dos ponian en las ventanas de las narices é el otro en el humo é hierba que estaba ardiendo ó quemándose; y estaban muy lisos é bien labrados, y quemaban las hojas de aquella hierba arrebujadas ó envueltas de la manera que los pajes cortesanos suelen hechar sus ahumadas: é tomaban el aliento é humo para sí, una é dos é tres é mas veces, quanto lo podian porfiar, hasta que quedaban sin sentido grande espacio, tendidos en tierra, beodos ó dormidos de un grave é muy pesado sueño. »

(4) Brebaje que hacian con la planta de este nombre, con el que se emborrachaban creyéndose entonces inspirados por el Tzmes.

como héroes; Guaorocaya, cubierto de heridas, viéndome cómo buscaba la muerte, asestando mi dardo al corazon del enemigo, me suspendió en sus membrudos brazos, y como el huracan arrebató las hojas y las arastras sin descanso por las llanuras, así empapada de sangre, me llevó como el viento á las profundas cavernas de las sierras del Xaragua.

Umatex me seguia; Mayabonex habia caido traspasado de heridas en poder del enemigo con los catorce caciques de su rey Guarionex (1). El campo quedó sembrado de cadáveres y haciendo cúspide de sus cuerpos despedazados, el sagrado viejo Biautex, cacique de las espeluncas inhabitadas del Nisao... y lució el día... ¡ día de oprobio y de vergüenza para la historia!... No habia guerreros vivos en la sabana, reinaba al rededor de Bonaó la ruina y la desolacion, y el silencio profundo que deja tras sí el exterminio y la muerte de las batallas: el cielo sonreia y el sol doraba deliciosamente los perfiles de las nubes de color de rosa, y mientras el aura y el guaraguao paseaban sus ojos centellantes sobre el magnífico botin que les ofrecia la voluntad de Dios, el extranjero, llevando encadenados los catorce caciques, y harto de sangre, volvía á la Vega Real, triunfador y soberbio... y yo, pobre reina de Haiti, escondiendo mi vergüenza y el oprobio de mis tribus, herida y bañada en lágrimas me escondia en el fondo de las cuevas de las alturas del Xaragua... ¡ Qué misteriosos y qué incomprensibles son los designios del Señor del cielo y de la tierra!

VI.

Concebir las mayores empresas; soñarlas realizadas en el espacio infinito del pensamiento; esperar de ellas la felicidad y la vida, y verlas luego desvanecerse como el humo al soplo de la voluntad del Tzmes, es la mayor de las amarguras del espíritu... llegar con los ojos al peligro, tocar el borde del precipicio, comprender la salvacion y tener que rodar hasta el fondo del abismo impulsada por la fatalidad, es una desventura inaudita que no acaba de llorar ni de maldecir nunca el corazon infeliz de las criaturas... Yo ví en aquellos momentos del combate, que el consultar al Tzmes de las batallas podia ser la ruina de mis tribus, el corazon me lo presagiaba: la magnitud de la empresa y la gravedad del peligro no lo exigia; pero la piedad religiosa necesitaba que el humo vano del sacrificio llegara al cielo, que el butio oyera la inexcrutable voluntad del destino, y que el adormecimiento santo embriagara á los reyes y á los caciques: y como era la voluntad de Dios y la práctica sagrada de los cultos, se cumplió, para ruina de mis pueblos y desesperacion de mi ánimo afligido.

Cansada, cubierta de heridas, meditando, melancólica y triste como la tórtola que ha perdido sus polluelos, viéndolos morir indefensos entre las garras crueles del guaraguao, sin poder pedir auxilio al cielo ni á la tierra, incliné la cabeza y me senté sobre las piedras en el interior de la oscura cueva de Cazibaxagua... ¡ Ay del que nació bajo las alas venenosas del ángel de la desgracia!... ¡ Ay del que tiene sobre la frente escrita la maldicion del cielo, con esa raya de fuego que nada puede borrar sobre la superficie de la tierra! ¡ Vivir para llorar y llorar hasta morir, y morir en la desesperacion, aterrada por la desventura! ¡ era mi fatal destino!... Guaorocaya y Umatex me contemplaban inmóviles, descansando sobre sus arcos, traspasados de pesadumbre, comprendiendo el dolor del dolor mio: ¡ pobres guerreros! la patria bendecirá

(1) Guarionex: era cacique de la Vega Real, estaba á punto de convertirse al cristianismo, cuando fué forzada su mujer por uno de los soldados del fuerte de la Concepcion, llamado Barahona; rabioso hizo pedazos la imagen de la Virgen que habian dejado los misioneros en una capilla, y sublevó á su pueblo. Esto hizo que los españoles tomaran una cruel venganza de las tribus de este cacique, dándole tormento á varios de sus capitanes: lo horroroso de aquellos suplicios ensobreció á las tribus; y como Guarionex queria vengar la herida causada en la mujer que tanto amaba, en convenio con los caciques preparó el levantamiento de Bonaó. (Las Casas, Colon é Irbin.)

Sin embargo de lo secreto del intento, llegó á noticia de los españoles del fuerte de la Concepcion: entonces despacharon un indio que llevaba en una caña la carta para el Adelantado que estaba en Santo Domingo; y á pesar de haber sido detenido por los paisanos, fingiéndose cojo se salvó y entregó la carta á Colon, que llegó á toda prisa con sus soldados al fuerte de la Vega; de allí salió á su cabeza para Bonaó; unos dicen que á sorprender en su casa dormidos á los caciques; otros que reunidos para el combate: lo cierto lo revela Obiedo en la página 61, cap. II, *Historia general y natural de los indios*, de este modo: « El Adelantado trasnochó é anduvo tanto, que llegó cerca de la real del rey Guarionex, é á la segunda guarda, ó cuasi á media noche con hasta quinientos hombres (entre sanos y enfermos), dió con tanta furia é impetu animosamente en los enemigos por dos partes, que los desbarató. Y como los indios eran gente salvaje é desarmada é no diestra en la guerra á respecto de los chripistianos, mataron muchos de ellos, é los demas fueron presos; muchos escaparon por la oscuridad de la noche. Pero fué preso el mismo rey Guarionex con otros catorce reyes ó caciques, los mas principales que en esta batalla se hallaron, y que fueron ahorcados: la cual fué cerca de donde se fundaba la villa de Bonaó. » Dicen algunos historiadores que hubo en esta batalla mas de 15,000 indios.

vuestros nombres al través de las generaciones, como yo os bendije en los días luctuosos de mi vida.

« Dejadme acompañada de mis penas, » les dije; y los dos caciques se retiraron abatidos á la entrada herbosa y oculta de Cazibaxagua, venerada de mis pueblos y desconocida de los extranjeros: la pérdida de sangre había debilitado mi cuerpo, y apenas lo vigorizaba el guaonax con que restañé la sangre de mis heridas, y el zumo del hobo con que froté las coyunturas: abrumada del cansancio, caí sobre las hojas echadas por el suelo, y mis ojos se adormecieron por primera vez despues de muchos días de tribulaciones y de angustia. Apenas los había cerrado, cuando oí una voz del cielo que me llamaba; al principio confusa como el ruido del torrente, y luego armoniosa y blanda como el canto del ruisenior que gime á la caída de la tarde.

« Anacaona, me decia, despierta del sueño, que yo vengo á endulzar las horas de tu triste vida. » Sentí sobre mi boca un beso amoroso y dulce como la miel de Guanani; embriagó mis sentidos el olor suavísimo de yerbas de la montaña; abrí los ojos y me encontré rodeada de la luz trasparente de la primera hora del día, envuelta en nubes de color de rosa y de oro y azul: llena de majestad y de hermosura, estaba sentada á mi lado mi pobre hermana Ainaima. Pero sus ojos no derramaban lágrimas; su frente no estaba pálida ni sus mejillas cárdenas por el sufrimiento; sonreía como los árboles en la estación de las flores, sus pupilas brillaban como el lucero centelleante compañero de la cándida luna; sus cabellos flotaban empapados en perfumes suavísimos: prendidas de su hermosa espalda se desplegaban con dulzura dos alas vaporosas de plumas nacaradas, purpúreas y transparentes como la espuma de los mares; envolvía su ligero cuerpo blanco ropaje de nubes perfiladas de encarnado y oro: Ainaima me estrechó contra su corazón: derramó sobre mi frente sus lágrimas benditas, y luego, como adormida, recostó llena de ternura su cabeza sobre mi angustiado seno: mi corazón sentía el latido imperceptible de sus sienas coronadas de curias...

« Me levanto, me dijo, de la tenebrosa oscuridad del sepulcro, á consolar tu dolor, Anacaona: allí pasan mis días tranquilos sin que los turbe la impiedad de los nacidos, ni la incansable onda de los años; á mi lado duerme Guacanajari, infeliz aún, en la region silenciosa de la muerte, porque envuelve y abraza su osamenta el amor de aquella mujer que envenenó su vida... A mi lado reposan como dos ángeles los hijos de mi corazón y la sombra de Caonabo, que te aguarda enlutado en el límite arenoso de la tumba... me acompañan los espíritus inmortales de los reyes... Y Vagonia, descendiente del sol y de la luna, preside el silencio sepulcral de nuestras benditas generaciones: no flores, Anacaona: se acercan tus últimos días y me acompañarás coronada de flores, en la silenciosa y bendita noche del sepulcro... »

Yo acaricié á mi hermana embriada en su amor infinito: cubrí de besos su cabeza, y la estrechaba extasiada de alegría entre mis brazos... cantó el ruisenior, y la ví temblorosa palidecer: « ¿qué tienes, alma mía? » la pregunté... — « La luna se esconde, me dijo, va á llegar la mañana; es necesario que vuelva á mi sepulcro antes que luzca el día, porque si no, se cerrarán paramiás puertas de la eternidad... » Acompañame á cruzar el camino de la vida, me dijo llena de melancolía, y con aquella melancolía infinita y angustiosa que derraman los ojos del que ama con el espíritu del cielo... le dí mi mano abrasada por la fiebre, y unidas como dos palomas atravesamos los rios, los espesos montes y las desiertas sabanas, á la sombra azulada de la luna: llegamos á la piedra del sepulcro; allí, Ainaima, ahogada por los sollozos, quedó convertida en lágrimas y desapareció de mi vista, envolviendo mi cabeza en silencio y soledad infinita.

Agitada abrí los ojos; asomaba la mañana penetrando el sol con sus rayos encendidos por las espesas ramas que cubrían la entrada de Cazibaxagua: yo me encontré empapada en lágrimas, recostando la cabeza sobre la piedra, donde con mis propias manos había encerrado las osamentas de Ainaima y Guacanajari, para que no profanara su eterno sueño la audaz irreverencia de los extranjeros.

VII.

Tres veces había brillado en el horizonte la luz eterna que ilumina el día, sin que mis caciques vieran las plumas de mi cabeza ondear entre las tribus desespeadas del Xaragua. Mi palacio estaba envuelto en la maldición del cielo, y mis pueblos enfermos y desesperados, deseaban arrojar al sepulcro el peso insostenible de la vida; pero la esperanza, que no abandona nunca á los que son desgraciados, sostenía el cuerpo y el espíritu de mis tribus desespeadas.

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Inauguración de las fiestas del invierno. — Consejos para el estudio de los trajes de baile. — Las recepciones imperiales y los mantos de corte. — El vestido escocés del príncipe imperial. — Trajes de baile sencillos y lujosos. — Trajes de calle y de visita. — Vestidos de puntas como en tiempo del primer Imperio. — El porta-falda Pompadour. — Cuatro palabras sobre el calzado. — Los collares griegos. — Tocados de baile y de soirée. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de baile copiados en Tullerías.

Ya están inauguradas las grandes fiestas del invierno. Despues del baile de Tullerías, en el que la emperatriz se mostró como de costumbre, resplandeciente de hermosura y de brillantes, no se podrian contar los bailes que se han dado á esta fecha en los salones aristocráticos de París. Hablemos pues de prendidos de baile.

El traje de baile merece un estudio detenido, pues debe estar adecuado á las gracias particulares de la persona. Las draperías convienen á una mujer, y á otra los fichus Antonieta y las bertas. No consultéis nunca á vuestras amigas tocante al vestir; miraos al espejo con ojos tan poco indulgentes como cuando examináis el prendido de las demás; ó bien, consultad á un amigo. No hablo de broma; el hombre tiene mejor gusto de lo que suponemos, sobre todo cuando se trata de una mujer á quien consagra una amistad respetuosa. Creedme, no os engañará; os dirá con franqueza cuáles son los colores y los adornos que os embellecen.

Antes de describir algunos prendidos de baile copiados en el primer baile de la corte, voy á decir algunas palabras sobre las recepciones imperiales.

Todas las señoras llevan mantos de corte, vestido que produce cada año escenas cómicas y graciosas, pues no todas las señoras saben andar noble y graciosamente con tan largo ropaje.

La emperatriz ha encargado para el príncipe imperial un traje escocés que está ya concluido. La gorrita de tartan de lana está adornada con plumas; la chaquetilla es de terciopelo negro bordada de plata; los ornatos escoceses dominan en todo el traje, y sus dibujos tienen un carácter muy original.

Volvamos á los prendidos de baile, que son de dos clases, sencillos y lujosos. Enumeraremos algunos de ellos:

- Vestidos de granadina con bandas de tafetan sembradas de ramitos estampados Pompadour;
- De granadina perlada, fondo blanco con florecillas;
- De gasa de Chambery, rayados, de cuadritos ó estampados con florecillas Pompadour en los cuadritos;
- De tarlatana rayada y bordada para niñas;
- De tul con cuatro volantes orlados de musgo;
- De tul sembrado de florecillas de musgo con perla blanca en medio de la flor; colores blanco, malva, verde claro, rosa y azul de China;
- De tul y de tarlatana con chispas de seda, de oro ó de plata. El tul y la tarlatana con estas chispas se venden por piezas.

— De raso liso, colores nuevos, de tafetan con florecillas, de moaré antiguo y de gro de Atenas, que por el dibujo y el color parecen verdaderas pinturas.

Despues de especificar las telas, voy á entrar en algunas descripciones.

— Un vestido de tafetan, boton de oro, con nueve afollados de tul boton de oro, con un rico velo del mismo color, de tul con chispas, corpiño de draperías. Mangas afolladas y flotantes. Por un lado tres ramos de orquideas encarnadas, y en medio de la drapería del corpiño un ramillete redondo. Lazos en los hombros.

— Un vestido de tafetan cereza con siete volantes de tul guarnecidos de anillos de raso y volantes Valenciennes. Corpiño de draperías y mangas flotantes.

— Un vestido de raso malva con dos faldas de encaje de Inglaterra que cubren todo el raso. Corpiño con drapería plegada y con volantes de punto de Inglaterra. Mangas de raso malva con puntilla de encaje de Inglaterra.

— Un vestido de tafetan azul con tres faldas de tul azul cubiertas de volantes de Inglaterra. Sobre el tul un sembrado de narcisos blancos montados en ramilletes. Corpiño afollado con flores y encaje; mangas del mismo estilo.

Pasemos ahora á los trajes de calle y de visita.

Ante todo, señalaré una bata de popelina verde laurel acolchada y forrada de tafetan blanco, abierta y con dos adornos en la abertura de terciopelo negro, bordados de seda verde y borlitas de pasamanería. Esclavina de terciopelo negro bordada por el mismo estilo y guarnecida con un fleco de seda. Mangas odaliscas abiertas y redondas con banda de terciopelo bordado.

— Un vestido de raso escocés azul, verde y negro con filetes encarnados. La falda es lisa. El corpiño lleva cinturón. Mangas de sultana muy anchas y largas con pliegues y rizado, y lazo de cinta.

— Un vestido de terciopelo escocés de tres tonos, lila y violado con anchos cuadros. La falda es lisa y muy larga, formando un poco de cola. Corpiño mosquetero con un chaleco de raso blanco bordado de palmas de seda violeta con lazos de pasamanería. Mangas con vuelta guarnecidas en la costura del mismo adorno de pasamanería y forradas de tafetan blanco.

Hé aquí una noticia sorprendente; vuelven los vestidos de puntas como en tiempo del primer imperio, con la diferencia de que los vestidos actuales tienen por abajo, á causa de los ahuecadores, una amplitud de unos diez paños. Los ahuecadores para estar en armonía con estos vestidos, tienen que describir la forma del pilon de azúcar, en vez de hacer la campana. Es un principio de decadencia para los ahuecadores. Las faldetas también han quedado suprimidas. Los corpiños se hacen con cinturón de hebilla; aunque algunos van con la falda en punta y tienen la forma de una levita. Las mangas se hacen de codo y se ahuecan como las de las niñas; unas lle-

van puños, otras vueltas, y otras son anchas y flotantes con mangas interiores ajustadas. Estoy segura de que esta primavera vamos á ver cosas muy extrañas.

El porta-falda Pompadour para recoger los vestidos no ha pasado aun de tentativa; como no está aceptado generalmente, muchas señoras no le llevan temiendo singularizarse.

Dos palabras sobre el calzado.

Para salir de paseo á pié, se continúa usando la botita de cabritilla negra con costuras blancas respunteadas y tacones.

Para salir en carruaje se lleva botita de raso negro cerrada con cinta por un lado.

Para baile, zapatos de raso blanco con lazos de raso ó de blonda; todos los zapatos de las señoras elegantes tienen coturno; un zapato sin coturno parece demasiado casero.

En cuanto al calzado para baile de máscaras, se hacen las siguientes preciosidades:

— Zapato Pompadour con tacones de color de rosa ó azules sobre raso blanco.

— Zapato indio de tisú de oro y de plata, ó bien de raso blanco bordado de pedrerías con hilillo de oro.

— Boreguí arlequin de raso negro adornado con cuadritos de todos colores, que vienen á formar en el empeine del pié una vista caprichosa.

— Botita-locas de raso azul, blanco ó amarillo con borlitas de oro sobre el raso blanco.

Mis amables lectoras comprenderán, que antes de la primavera no habrá nada nuevo en confecciones ni sombreros; los trajes de baile reinan exclusivamente.

Hay para baile una moda preciosa y distinguida, á saber; los collares griegos con pendientes del mismo estilo.

Estos collares son de plata sobredorada, de plata esmaltada ó de oro, con tres, cinco, ó nueve arracadas. Las señoritas solo llevan tres ó cinco.

Los peines y los brazaletes bizantinos se hallan también muy en moda.

Antes de describir el figurin que representa trajes de baile copiados en el de Tullerías, voy á señalar algunos tocados procedentes de la manufactura de flores artificiales mas importante que hay en París.

— Una toca española de terciopelo negro con listas de terciopelo azul de China ilustradas con rosetas de oro. Por un lado hay una pluma derecha azul y blanca; y por el otro dos lazos de cordouillo de oro.

— Un tocado italiano compuesto de una trenza de terciopelo malva que sostiene por un lado un ramo de jacintos con follaje natural. Por el otro hay una aguja de oro.

— Un tocado duquesa compuesto de dos rulós de terciopelo verde que envuelven los contornos del rodete y caen en dos anchas puntas de terciopelo. Sobre los rulós hay follajes de florecillas silvestres con gotas de rocío y reseda natural.

— Un tocado de niña de rosas de mayo formando diadema sobre la frente y cintas que caen por detrás. — Para la falda hay un adorno de rosas de mayo y para el cuerpo unos tirantes de las mismas flores.

— Un tocado Estrella del Norte compuesto de grupos de narcisos blancos con una estrellita de oro en los pétalos. Cada narciso se abre en medio de un follaje con gotas de rocío.

— Un tocado de rosas colores púrpura, rosa, amarillo y blanco, con follaje imperial y cordon de oro formando diadema.

Hé aquí para concluir la descripción del figurin de este número:

El primer traje se compone de un vestido de crespon gris perla con doble falda, que termina en una orla de crespon. La segunda falda se redondea al lado en forma de túnica, y está recogida con un cordon con borlas. Corpiño liso y escotado con drapería de crespon orlada con un volante. Cordones en los hombros. Tocado rayado de perlas blancas con ramo de acacias azules; abanico Watteau.

El segundo vestido es de tul color de rosa sobre raso del mismo color. La falda va adornada hasta abajo con siete volantes de tul doble que llegan hasta las rodillas. Cada volante está separado por un ruló de raso color de rosa. Una túnica de tul doble arranca de la cintura y cae sobre los volantes. Esa túnica está sostenida sobre los lados por largas cintas de color de rosa á la Watteau, que sostienen un grueso ramo de rosas. Corpiño de draperías orlado de blonda con afollados en el pecho y en los hombros. Tocado de rosas y de cinta, estilo pastoral.

El tercer traje es de gasa blanca sobre trasparente de raso blanco. Hay once volantes con rayados blancos satinados. Esta serie de pequeños volantes produce un efecto muy gracioso. Corpiño con drapería Sevigné prendida sobre los hombros y en medio del pecho con broches de raso blanco. Mangas afolladas con volante odalisca; tocado de perlas y hojas verdes.

El cuarto traje es de moaré antiguo verde mar sembrado de pensamientos; la falda es lisa, muy ancha y describe por detrás una cola de veinte y cinco centímetros. El corpiño está adornado con afollados de tul verde y con puntillas de blonda. Mangas afolladas con velo de tul y puntilla de blonda. Guantes blancos y tocado de pensamientos y cintas verdes.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El Juicio final del escultor Bisetti.

El escultor piamontés Bisetti, conocido hace veinte y cinco años por la hermosa composición de sus obras en mármol, que son hoy en gran parte el ornato de su patria, acaba de modelar en barro un Juicio final, concebido bajo un punto de vista enteramente nuevo y que se podía calificar de teológico. Las composiciones de los artistas que han tratado este asunto, figuran mas bien el cuadro de las afegrias y de los dolores humanos, que el gran espectáculo de las solemnes verdades dogmáticas de la religion, verdades que necesariamente se deben manifestar en una obra de semejante importancia. Esas cualidades de que carecen sus antecesores,

acaba de estampar en su obra el eminente escultor piemontés.

En el centro, en lo alto del bajo-relieve, se destaca la figura de Jesucristo que está juzgando rodeado de los símbolos de los cuatro Evangelios, de las Tablas de la ley antigua y de la Cruz, códigos supremos donde está sostenida la causa y la justificación de la sentencia que acaba de dar. A la derecha está el primer hombre y la primera mujer, causa de la caída del género humano; á la izquierda en unas nubes, están Elías el profeta y la Virgen María, fuente de la redención.

A los piés de Adán y Eva se ve representada una escena de dolor que ocupa enteramente el lado izquierdo. Los siete pecados mortales envueltos en un manto que no tiene principio ni fin, designan la eterna confusión que los acompaña; se precipitan al infierno, donde les salen á encontrar tres demonios, que son los tres genios del mal de los tres antepasados de los hijos de Noé. El primero de estos presenta á los que llegan el cuerpo de los crimenes con que se han manchado: aquí un cadáver para recordar á Abel; allí una bolsa en memoria de Judas. Un ángel de la guarda, viendo la inutilidad de su misión, se separa de esos desgraciados y se vuelve al seno del Criador.

Por el lado opuesto, debajo de la Virgen, suben hácia la morada de los bienaventurados las tres virtudes cardinales y las cuatro teologales, con la Fe á su cabeza, guiadas por un ángel.

La parte baja de la composición está ocupada por el arcángel Miguel, que tiene en la mano derecha una espada y en la izquierda una balanza, cuyos platillos están llenos de réprobos.

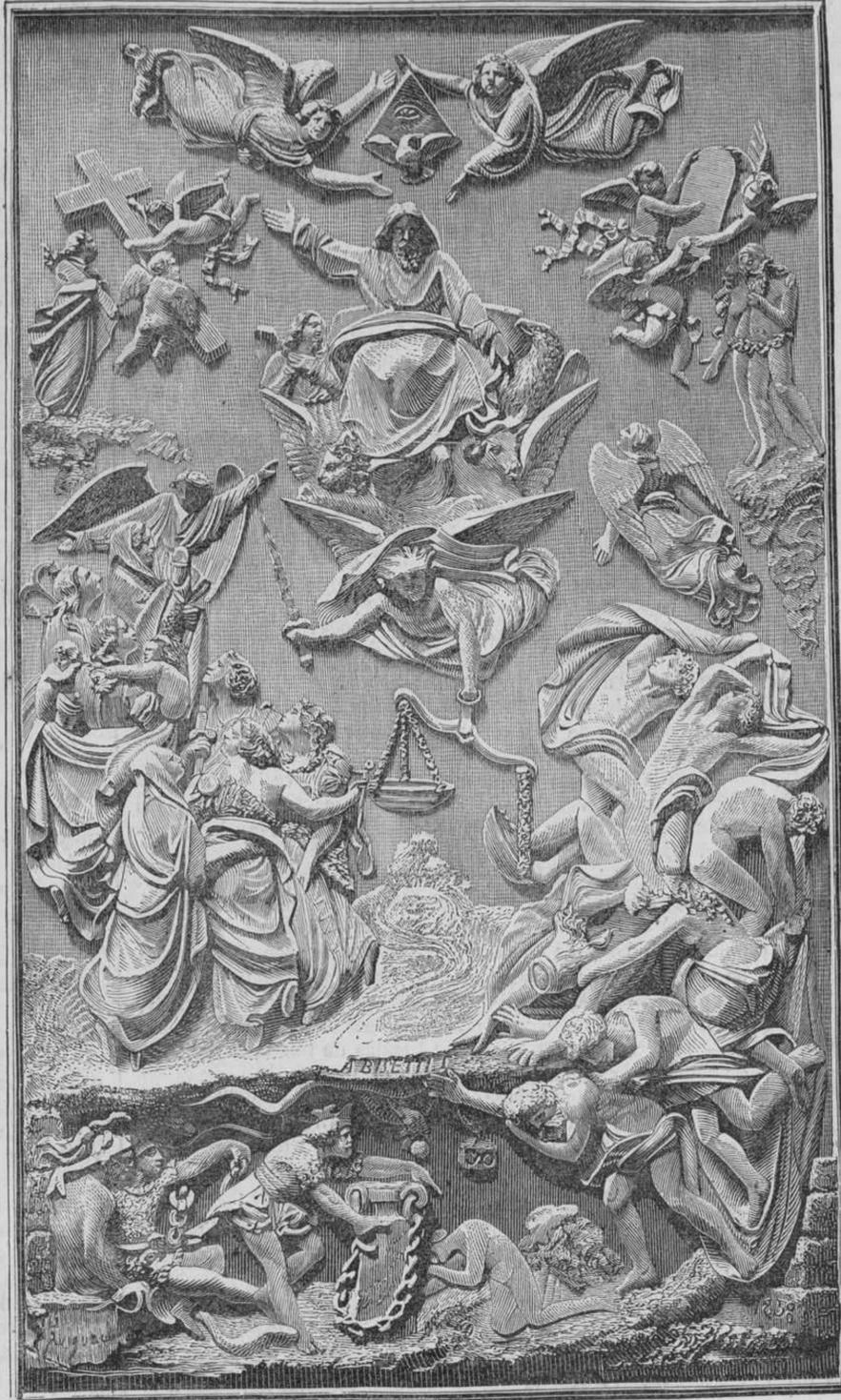
Dos ángeles coronan la composición y forman con sus alas el triángulo simbólico de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En las balanzas de san Miguel hay una zona terrestre que separa el espacio ocupado por los malditos de la morada de los bienaventurados.

Además del vigor alegórico, poético y ortodoxo que se nota en todos los grupos, la gracia y la simetría reinan en la disposición de esta obra, que trasformada en mármel y con personajes de proporciones naturales, no hay duda que cautivaría la atención de los inteligentes.

Roma.

TULLIO DANDOLO.

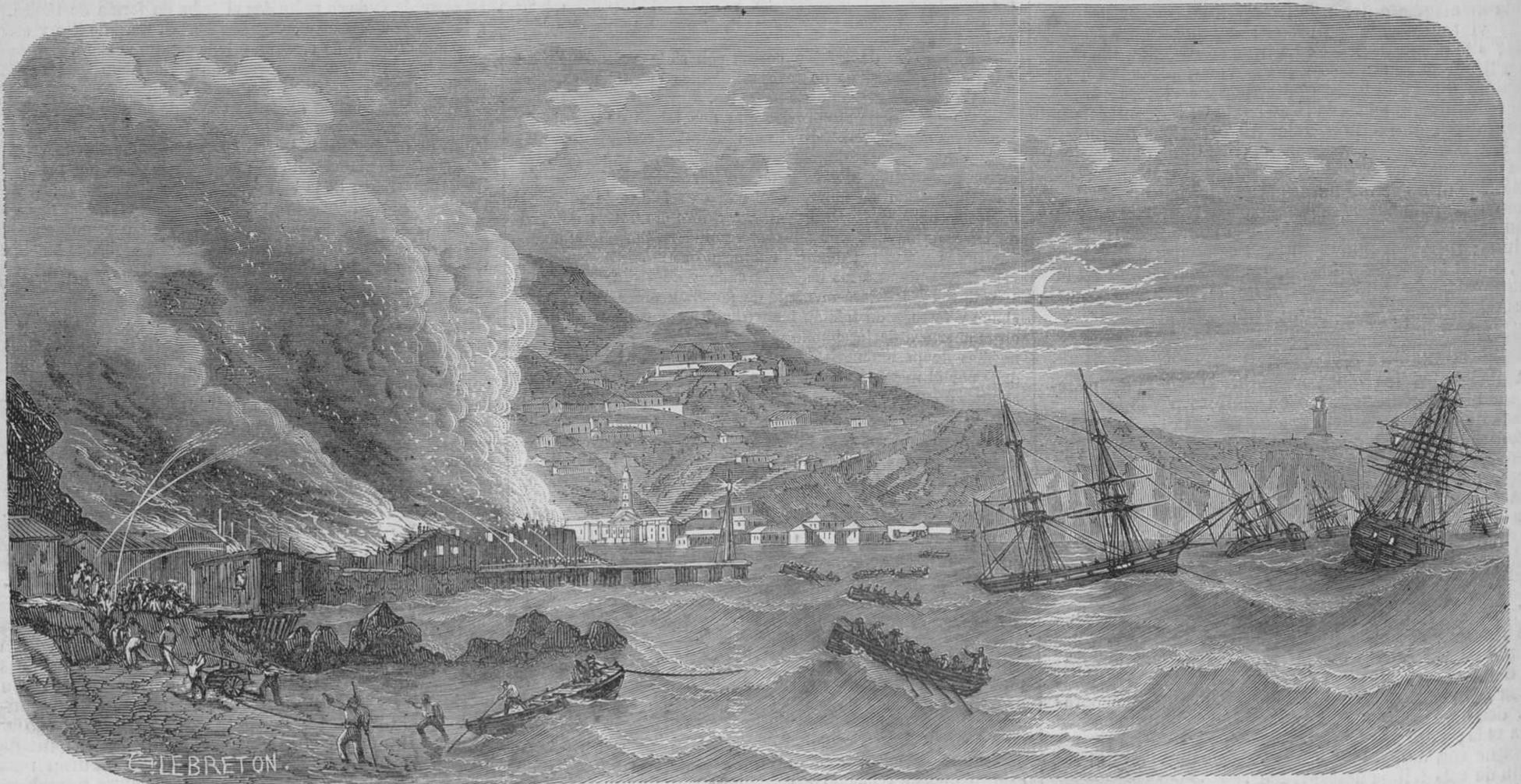


EL JUICIO FINAL, ESCULTURA DE BISETTI.

Incendio en Valparaiso.

Extractamos á continuacion una correspondencia de Valparaiso, escrita por el autor del dibujo que acompaña:

« Acabamos de experimentar una desgracia inmensa; Valparaiso, cuya prosperidad iba siempre en aumento, las calles incendiadas, que hoy ofrecen el triste espectáculo de un monton de ruinas. » X.



INCENDIO EN VALPARAISO.